

IMPERIO de MALDAD

Clark Carrados



CLARK CARRADOS

Imperio de maldad

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

Primera edición - junio 1972

Depósito Legal: B.-24.237 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Lo anunciaron todos los medios de comunicación social: prensa, radio y televisión. Claro que la prensa era ya algo muy *sui géneris* para aquella época, puesto que las noticias escritas podían leerse en los canales apropiados que la televisión tenía para quienes aún gustaban de la lectura a la antigua usanza. Y no había un solo canal, sino muchos, a fin de que se pudiesen elegir toda clase de temas en las noticias: política, religión, humor, deporte, economía, arte... Un oficio había desaparecido ya de la faz de la tierra: el de vendedor de periódicos.

La radio también dijo mucho al respecto, y no hablemos de la televisión. En síntesis, la noticia podría redactarse así:

EMBAJADA EXTRAORDINARIA DE STRAVIUS LLEGA A LA TIERRA EN BUSCA DE GOBERNADOR PARA AQUEL PLANETA

Los comentarios de la gente — quienes sentían deseos de comentar la noticia—, por supuesto, eran para todos los gustos:

— ¡Qué gente! Mira que venir a buscar un gobernador aquí, aquí, donde todos somos unos desgobernados —. (Comentario efectuado por un cínico).

—¿Y por qué gobernador y no gobernadora? ¿Qué tienen esos extranjeros contra el sexo femenino? ¿Qué tienen, eh? — (Dama de «vida fácil»).

—¿Cómo serán ellos mismos, que ni siquiera se atreven a gobernarse por su cuenta y razón? —(Escéptico).

—El gobernador elegido debe ser varón prudente, fuerte y justo en el premio y en el castigo, amigo de los humildes y enemigo de los poderosos... — (Moralista).

—Hablando claro, me siento orgulloso de ser terrestre y comprobar cómo, pese a las pretendidas teorías de algunos descarriados mentales, la Tierra sigue siendo todavía el ombligo del Universo y... (Partidario de la superioridad terrestre en todos los terrenos).

—Confío en que el nuevo gobernador de Stravius sepa dar días de gloria a la Tierra y recuerde con orgullo los tiempos en que miles de colonizadores, auténticos pioneros de un «superoeste», se expandían por todos los planeta de la Galaxia buscando nuevas tierras que añadir, no sólo a su posesión particular, sino a nuestro planeta...—(Imperialista nostálgico, oriundo de Liverpool.)

—Me acuerdo de aquella fábula de las ranas que buscaban rey y fueron a pedírselo a Júpiter y éste les echó a la charca una estatua de madera... ¡Croac, croac, croac...! — (Autor de chistes de tema político).;

—Con tal de que no sean como los habitantes de Bar-el-Shair, que vinieron con la misma pretensión, y luego resultó que lo que les gustaba mucho era la carne de gobernador... — (Aprensivo).

—Conmigo, que no cuenten. — (Vago profesional).

—Ay, madre, ¿qué saldrá de todo esto? — (Timorato).

—Como me elijan a mí, me «hincho». — (Tipos con alma de usureros).

— Hi... hi... hip... hip... — (Discípulo de Baco interrogado en lo más arduo de una de sus clases vinícolas).

Había otros muchos que no hacían comentarios; se les importaba un pepino que los de Stravius hubiesen venido o no a la Tierra a buscar gobernador. Entre ellos se encontraba un tal Simón Heysel.

Y había otros que, si no comentaban el suceso, era por muy distintos motivos, ninguno de los cuales se podía hacer público. Entre ellos se encontraba una chica llamada Stevie Magnock.

* * *

—¿Has leído, visto o escuchado la noticia, Simón?

Simón Heysel puso cara de tonto al oír aquellas palabras.

—¿A qué noticia te refieres, tú? —quiso saber.

—Hombre, estoy hablando de los de Stravius — contestó Nico Braio, buen amigo de Simón.

—Ah, los de Stravius... — Para Simón era lo mismo que si se hubiese hablado de los oriundos de cualquier otro planeta.

—Han venido a buscar gobernador a la Tierra, Simón.

—No me digas, tú. ¿Tan malos son los políticos de Stravius, que han de venir a buscar un gobernador a la Tierra? Eso es como saltar de la sartén para ir a caer en las brasas, Nico.

—Bueno, yo sólo quería comentar un poco contigo este insólito suceso. No creo que eso te haga daño, Simón.

Simón miró ce reojo hacia el cercano diván, donde una hermosa rubia, vestida apenas con treinta o cuarenta centímetros de gasa, mordisqueaba una manzana. Dentro de poco, sobre el opulento cuerpo de la rubia, no quedaría siquiera la gasa, porque Simón debía estudiar bien sus contornos anatómicos, a fin de reproducirlos en su próxima estatua que iba a titular: «Saludo al sol de una ninfa solitaria».

—Hombre, como hacerme daño, no me lo hace... —contestó—. Pero tampoco es como para gastar un poco de electricidad en una conversación por medio del videófono.

—Estás mordaz, Simón — se quejó Nico —. Tú ya sabes que la elección de gobernador se hace por determinados métodos...

Simón se hartó. Presionó un botón y, en la pantalla de su amigo, apareció un rótulo que decía:

COMUNICACIÓN INTERRUMPIDA POR AVERÍA

Era un truco personal de Simón, para dejar de hablar con alguna persona cuando le convenía. Sonriendo interiormente al pensar en la cara que habría puesto su bueno, pero pelmazo amigo Nico, volvió junto a la rubia.

—Nena, decíamos que...

Simón no pudo seguir adelante. Alguien llamaba a la puerta.

Ella hizo un gesto como queriendo decir: «Pero ¿es qué no nos van a dejar tranquilos esta tarde?»

Simón no expresó sus pensamientos con palabras; le gustaba ser persona educada.

—Dispensa, nena — dijo.

La otra no contestó. Había pasado de la manzana a una pera.

Simón se acercó a la puerta y la abrió. Delante de él apareció un individuo con un extraño uniforme. En el lado izquierdo de la chaquetilla del uniforme, había un rótulo en el que se leía el nombre de una conocida Agencia de Viajes.

—¿Hablo con el señor Heysel, Simón? —preguntó el individuo, de estoica apariencia.

—Sí, yo mismo. ¿Qué desea usted?

—Simón Heysel, ingeniero — insistió el sujeto.

—Exacto. Ingeniero de...

—Muy bien, señor. Tengo el honor de entregarle este mensaje en propia mano. Firme el recibo, doctor.

Simón recogió un sobre de papel muy grueso y recio y firmó mecánicamente en el talonario que le presentaba el mensajero.

—¿Quién diablos me envía este mensaje? — preguntó.

—Lo siento, señor; yo sólo me he limitado a traérselo —contestó el mensajero, cuya mano estaba tendida en espera de la propina.

Simón estrechó amablemente la mano del mensajero.

—Ha sido usted muy amable, amigo — dijo.

Y cerró la puerta, antes de que el defraudado individuo pudiera decir algo desagradable sobre su tacañería.

Simón se volvió con el sobre en la mano. Entonces vio que la rubia estaba subiéndose el cierre relámpago de su traje de una sola pieza, única prenda que llevaba cuando salía de casa.

—Eh, pero, nena, ¿qué diablos estás haciendo? ¿Es que te vas?

La rubia agarró su bolso y se acercó a él, mirándole con ojos enfurecidos.

— Conque escultor, ¿eh?

De repente alzó la mano y probó a Simón que no era tan delicada y frágil como parecía.

—La próxima vez, a ver si estudias la anatomía de tu venerable tía — se despidió mordazmente.

Simón, lleno de perplejidad, se acarició la mejilla golpeada,

mientras la casa retemblaba a causa del portazo que la furiosa rubia había dado al salir.

—¡Vaya, puede decirse que hoy es mi día de desgracia!

Y luego, resignado, se decidió a abrir el enigmático sobre.

En el interior había un pliego, doblado en dos, con el escudo de armas de un planeta en el membrete. El texto del mensaje era:

Distinguido señor:

Para un asunto de la máxima importancia, le rogamos acuda a entrevistarse con nosotros, en el «Hotel de las Siete Galaxias», en especial con el firmante de la presente. Le esperaré durante todo el día de hoy.

Suyo afectísimo,

K'Tin 7-BO

El texto del mensaje se entendía a la perfección. En cambio, la leyenda que acompañaba al escudo de armas, escrita en los enrevesados caracteres de Stravius, resultaba, era lógico, indescifrable.

El apellido no era menos extraño. Simón no había visto jamás nada semejante, pero intuyó que debía de pertenecer a alguno de los extranjeros de los que tanto se había hablado en los días anteriores.

—Bueno, ¿y para qué diablos me quiere a mí este tipo? —murmuró, lleno de perplejidad.

Una horrible sospecha se formó de repente en su ánimo.

—Mira que s: ahora resultase yo el elegido para gobern...

Por segunda vez en pocos minutos, el timbre de la puerta sonó para interrumpirle.

—¿Es que no van a dejarme en paz? —masculló, furioso, mientras hacía girar el pomo de la puerta.

Al abrir, vio ante sí a una hermosa muchacha que le formuló la pregunta de rigor:

—¿Es usted el doctor ingeniero Simón Heysel?

Capítulo II

Simón contempló durante unos instantes a la mujer que tenía en frente, una bella muchacha de notable estatura, muy esbelta y de pelo abundante, de color castaño claro. Ella vestía una especie de traje de una sola pieza, pero tan breve, que más parecía un bañador, amarillo en la parte superior y rojo oscuro en lo que eran los pantalones. Un ancho cinturón negro se enrollaba en su delgada cintura y el calzado eran unas botas de blando cuero negro que le llegaban hasta medio muslo. Llevaba un bolso que hacía juego con el traje y guantes de manopla, que ascendían hasta la mitad del antebrazo. El pelo aparecía sujeto parcialmente por una cinta negra, muy ancha, tanto, que casi parecía un turbante.

—¿Y bien?—dijo, en tono impaciente—. ¿No me contesta usted?

—Así me llamo, señorita...

—Stevie Magnock — sé presentó ella —. Deseo hablar un instante con usted, ingeniero. ¿O prefiere que le llame doctor?

—A mí me gustaría mucho más que me llamase por mi nombre —sonrió él, mientras se apartaba a un lado, para que entrase la chica—. ¿En qué puedo servirle, aparte de una copa de coñac? — preguntó.

—Gracias, pero no bebo a estas horas — replicó Stevie secamente—. Tengo noticias de que le han hecho una proposición.

—¿De matrimonio?

El pie derecho de la chica golpeó el suelo con rabia.

—No se haga el desentendido —exclamó—, usted sabe demasiado bien a qué me refiero.

—Es usted muy optimista, señorita. No tengo la menor idea del asunto que le ha traído a mi casa, aunque no por eso dejo de felicitarme por haberla conocido. Es usted tan hermosa...

—Por favor, déjese de elogios —le cortó ella secamente—. Conozco su fama con las mujeres y, créame, conmigo no le va a dar el menor resultado.

—Entonces — suspiró Simón —, mi fama es injustificada. Y yo que creía que me bastaba mirar a una mujer, para verla caer rendidamente en mis brazos...

—¡Basta! —cortó Stevie—, Estamos perdiendo el tiempo inútilmente. Sólo quiero decirle una cosa, doctor: no acuda a la entrevista que le han solicitado en Hotel de las Siete Galaxias».

—¿Por qué? —preguntó Simón, impertérrito.

—Lo digo yo, y basta.

—¿Y si, a pesar de todo, decido acudir a esa entrevista?

—Lo pasaría muy mal, créame.

Simón arqueó las cejas.

—Al menos —dijo—, podría explicarme usted las causas de tal prohibición, amenazadora, por lo que estoy oyendo.

—No tengo que darle ninguna explicación — respondió Stevie desabridamente—. Está dicho y basta.

—No, no basta, señorita Magnock. A mí no me importan sus motivos, pero le diré una cosa: acudiré a la entrevista.

—Peor para usted. Y ahora que ya está advertido...

—Espere un momento — pidió él.

Stevie le miró extrañada. Antes de que pudiera percatarse de las intenciones del joven, notó un fuerte golpe en el estómago, propinado con la punta de los dedos de la mano izquierda de Simón.

Un gemido de dolor se escapó de sus labios, a la vez que, instintivamente, se curvaba hacia delante. Simón dio un paso lateral y contempló con la sonrisa en los labios lo que, en aquellos momentos, era el punto más saliente de la anatomía femenina.

—Muy atractivo —murmuró.

Y luego, de súbito, alzó la mano derecha y pegó una fuerte palmada en aquel lugar.

Stevie dio un salto hacia delante, a la vez que lanzaba un «¡Ay!» estentóreo. Simón la agarró por uno de sus brazos y, a pesar de sus protestas, la condujo hasta la puerta, que abrió con la mano libre.

—Iré — declaró escuetamente.

—Lo... lo pasa... pasará mal... —jadeó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

La mano de Simón actuó por segunda vez. El salto que pegó Stevie la llevó hasta el centro del pasillo.

Simón cerró, sin preocuparse más de la joven.

—Pues, señor, vaya un día que llevo...

Y luego, de repente, se acordó de que tenía un amigo que podía

darle informes acerca de la extraña Stevie Magnock. Mejor dicho, era amiga.

* * *

Un hombre llamó a la puerta de aquella casa perdida en medio de los campos. El inspector Flaherty suspiró al pensar en la borrascosa entrevista que iba a tener lugar unos minutos más tarde.

A Sean Flaherty no le gustaba lo que iba a hacer, pero era un empleado disciplinado y cumplía con su deber. Sólo deseaba que el dueño de aquella casa no se mostrase demasiado belicoso.

La puerta se abrió. Una mujer de mediana edad le miró desde el umbral.

—¿Sí? —dijo la mujer con voz indiferente.

—Deseo hablar con el profesor Fahler —manifestó Flaherty—. Tenga la bondad de anunciarme señora; soy inspector de la E.M.E.F.M.

—Ah sí —dijo el ama de llaves—. Pase, inspector: veré que el profesor le reciba lo antes posible.

Flaherty fue introducido en una sala amueblada con modestia, pero también con gusto, y esperó durante unos minutos.

De pronto, oyó pasos. Un hombre de gran estatura y recio corpachón, con abundante cabellera encrespada, de color rojizo, apareció ante sus ojos.

—Soy Fahler —se presentó el recién llegado.

—Flaherty, inspector de la E.M.E.F.M. —dijo el visitante—. Profesor, créame que lamento tener que exponerle los motivos de mi presencia en su casa, pero no me queda otro remedio...

—Ahórrese los discursos, inspector —cortó Fahler en tono glacial—. Demasiado sé a qué ha venido. Bien, no pienso pagar, eso es todo.

—Traigo una autorización judicial para cortarle el suministro de energía...

—Comience cuando guste, inspector.

Flaherty estaba asombrado.

—Pero, profesor, el suministro de energía le es a usted indispensable para la continuación de sus experimentos...

—Por favor, no siga — le cortó Fahler tranquilamente—. Ha

venido a cumplir una misión; no se detenga por mí, se lo ruego.

Flaherty continuaba sin salir de su asombro. Titubeó un momento, pero al fin, se encogió de hombros y dijo:

—En tal caso, y con su permiso, voy a proceder al corte de la conexión, profesor.

—Está usted en su casa, inspector —respondió Fahler con tono socarrón.

A continuación llamó a la señora Peters, su ama de llaves, y le ordenó acompañase a Flaherty. El inspector y la señora Peters salieron de la estancia en dirección al lugar de la casa donde se hallaba la conexión a la red de suministro de energía eléctrica.

Minutos después, volvió Flaherty a la sala.

—Ya está —anunció—. Profesor, es mi deber hacerle saber que, de acuerdo con la ley, tiene usted un mes de plazo para abonar sus deudas a la E.M.E.F.M. Pasado ese plazo, y si aún insiste usted en no pagar, vendrá una brigada de operarios a levantar toda la instalación exterior, que le permite la conexión con las redes de conducción de energía.

— Pueden venir mañana mismo, si gustan — respondió Fahler, que continuaba impávido —. Pero le diré una cosa, a fin de que la repita usted a sus superiores. La Empresa Mundial de Electricidad y Fuerza Motriz es una compañía de bandidos. No pongo en duda que el suministro y los servicios son óptimos, pero, a cambio de ello, cobran exorbitantes cantidades, que en modo alguno están Justificadas. El precio unitario del kilovatio es, por lo menos, el doble de lo que debería ser. Incluyendo todos los gastos, mas los beneficios que se obtendrían. Es un monopolio asqueroso, dicho sea con el más crudo calificativo, y yo no pienso plegarme a sus «ukases», lo que significa, por si no lo ha entendido, a mandatos dictatoriales.

»Esa empresa, amigo mío, es un pulpo que cubre la redondez del planeta y, sin que ninguno de sus cerebros directivos dé la cara, ostentan, en la realidad, el poder político y, por ende, el económico. Tal vez esto resulte demasiado complicado cara usted, o quizá estime que es demagógico, no me Importa en absoluto. Pero sí puedo asegurarle una cosa: hoy, en estos precisos momentos, se inicia el principio del fin de ese pulpo que es la Empresa Mundial de Electricidad y Fuerza Motriz. Acuérdese usted de esto dentro sólo

de unos meses, porque, entonces, podrá comprobar que lo que digo es la pura verdad, inspector.

»Está chiflado, loco de remate», pensó Flaherty. Aunque, educado, se abstuvo de manifestarlo en voz alta.

Sonriendo, Fahler se acercó a una lámpara de pie, de un delicioso aspecto muy siglo XX, y tiró de la cadenita que accionaba el interruptor.

—¿Lo ve? —dijo—. Usted ha cortado el suministro de energía, pero yo tengo luz. Y toda la electricidad que desee, sin límites.

Flaherty estaba estupefacto. ¿Cómo era posible...?

—Y dentro de muy pocos años — agregó el supuestamente chiflado científico —, todo el mundo podrá disponer de su propio generador y la E.M.E.F.M. se irá al cuerno.

La mano derecha de Fahler agarró la de Flaherty y la sacudió con fuerza.

—Adiós, inspector —le despidió—. Ha sido un placer... y no olvide repetir a su jefe lo que le he dicho.

Flaherty recobró su serenidad en el momento de subir al aeromóvil, propulsado por antigravedad, que le había llevado hasta aquel apartado rincón.

— Bah —se dijo—, algún anticuado generador movido por combustible líquido. O quizás una miniplanta nuclear... pero derrotar a la compañía... Sueños de científico loco — terminó sus reflexiones con la calificación que le parecía más propia al caso del profesor Fahler.

* * *

El amigo de Simón, que era amiga y podía darle informes sobre Stevie Magnock, ejercía el cargo de comisario femenino de la Intrapol, nombre con el que se conocía comúnmente al organismo encargado del orden interior del planeta. Se llamaba Elvira Znahun y era una encantadora morena de veintinueve años, doctora en Ciencias Sociales y Psicología, además de graduada en Criminología. Elvira había perdido a su marido unos años antes y, por ahora, no daba señales de volver a reincidir en el matrimonio.

—Si no temiera caer en el tópico más vulgar, diría eso de dichosos los ojos... —exclamó Elvira, al ver en su pantalla la cara

del joven—. ¿Qué es de tu vida, Simón?

—Ya ves, tirando, no da más —respondió él—. Voy viviendo, quiero decir.

—Tú siempre has sido un vividor —rió Elvira—. Me gustaría saber por qué te has acordado de mí, cuando ni siquiera me envías un ramo de flores en mi cumpleaños.

—Es lo que pasa, guapa; nadie se acuerda del paraguas, hasta que llueve... aunque, por supuesto, tú eres lo menos parecido a un paraguas que uno puede imaginarse.

Elvira se esponjó. Mujer, al fin y al cabo, las palabras de Simón la hacían sentirse halagada.

Inspiró profundamente, con gesto lleno de coquetería, y dijo:

—No creo tener la silueta de un paraguas, en efecto, aunque tú me necesites para aguantar algún chaparrón que está a punto de caerte encima. ¿Me equivoco?

—Aciertas, hermosa. El chaparrón se llama Stevie Magnock.

Elvira dejó de sonreír en el acto.

—¿Has dicho Stevie Magnock? — exclamó muy seria.

—Sí, al menos, ése es el nombre que ella me dio al visitarme hace pocos minutos.

—¡Y te ha visitado!

—Oye, oye, no sé por qué tienes que sentirte escandalizada — protestó el joven—. No tiene nada de extraño que una mujer hermosa me visite; lo que sí resulta extraño es...

— Simón —le interrumpió Elvira —, conociendo a Stevie, como la conozco, ¿por qué no vienes a mi casa? Hablaremos allí con más tranquilidad y podré darte informes muy sustanciosos acerca de esa chica. ¿Te parece bien a las siete y media?

—De acuerdo — aceptó Simón en el acto —. Oye, una cosa me sorprende, y es su nombre. Stevie...

—Diminutivo de Stephanie. ¿Lo comprendes ahora?

—Perfectamente, guapa. Estaré a las siete y media en tu casa — aseguró Simón, un segundo antes de presionar la tecla de cierre de conexión del videófono.

Capítulo III

Simón salió a la calle. Había un sujeto apoyado junto a la puerta del edificio, con aspecto de contemplar las nubes, porque no había moscas en las inmediaciones.

Para Simón, la actitud del sujeto estaba muy clara: era un espía situado allí por orden de la hermosa Stevie Magnock.

—Voy al «Hotel de las Siete Galaxias» —anunció amablemente.

El espía le miró desconcertado.

—No sé qué quiere decirme, señor — manifestó.

Simón le pasó una mano por el hombro.

—Vamos, acompáñeme —dijo, con fingido tono bonachón—. Así no tendrá que molestarse en seguirme furtivamente.

—Será mejor ene me suelte —dijo el otro de mal humor.

—Ah, conque no quiere acompañarme. Bueno, tanto peor para usted.

Simón le soltó e inició la media vuelta, pero su codo se alzó justamente en el momento del giro, de manera «casual». El sujeto bizqueó, puso los ojos en blanco y empezó a caer hacia delante. Simón lo recogió en sus brazos, satisfecho de su habilidad en calcular ciertos golpes.

—No se preocupen, sólo es un desmayo — dijo a los transeúntes que contemplaban la escena—. Es mi amigo y yo soy médico. Yo me encargaré de él.

Simón arrastró al espía hacia su gravimóvil, parado a pocos pasos, y lo metió en el interior. Antes de elevarse, le registró, hallándole en uno de los bolsillos un pequeño transmisor de radio.

Sonrió, mientras accionaba el botón de arranque. El aparato se elevó con suavidad. Simón marcó en el piloto automático las coordenadas de la terraza del hotel y ello le bastó para despreocuparse por completo del manejo del aparato.

Acto seguido, conectó el transmisor de radio. Una voz femenina se dejó oír en el acto:

—¿Philip?

—Lo siento, soy Simón. Philip está a mi lado, durmiendo apaciblemente.

Una exclamación de rabia brotó del altoparlante:

—Le dije que le costaría caro, doctor.

Simón se echó a reír.

—A decir verdad, mi vida se estaba desarrollando en los últimos tiempos bajo el signo de la monotonía —dijo—. Por fortuna, parece que esto empieza a animarse. Cualquier día de éstos iré a hacerle una visita. ¡Adiós, guapa!

Philip Calvin despertó minutos más tarde, cuando ya el aparato estaba a punto de posarse en la terraza del hotel. Simón podía haber llegado por medio del piloto automático, pero prefirió tomar los mandos en los últimos momentos del viaje.

—Esto le va a costar caro, doctor — bramó el espía—. Usted no sabe dónde se ha metido...

Simón no dijo nada. Se limitó a sonreír, a la vez que accionaba uno de los mandos del aparato.

La portezuela de aquel lado estaba ya abierta. Simón se había sujetado con las correas de seguridad. El gravimóvil se ladeó súbitamente y el espía, lanzando un grito de terror, se vio precipitado al vacío.

Por fortuna, la altura era poca y, además, Simón lo lanzó sobre un sector ajardinado de la terraza. Las plantas ornamentales y el césped amortiguaron el golpe.

Momentos después, despreocupado ya del espía, Simón se hallaba ante la puerta de la «suite» ocupada por el sujeto que respondía al extraño nombre de K'Tin 7-BO.

* * *

Impávido, Simón soportó el escrutinio de que le hacía objeto el extranjero, dando vueltas a su alrededor, y contemplándole como si fuese un bicho raro.

El extranjero era un tipo menudo, delgado y con unas raras gafas de montura cuadrada. Vestía una larga túnica amarilla, con mangas flotantes, de la que emergía un cráneo absolutamente mondo, incluida la cara. Las cejas eran sólo una fina raya y las pestañas apenas se percibían.

—De acuerdo —dijo K'Tin al cabo—. De acuerdo.

—De acuerdo, ¿en qué, señor...? Oiga ¿cómo debo llamarle? —

preguntó Simón, desconcertado.

—K'Tin, a secas, eso será suficiente — respondió el extranjero.

—Le llamaré Kitin. Me suena mejor — decidió el joven—. Usted aspira demasiado las vocales...

—Bueno, eso no importa. Oiga, doctor, ¿sabe usted que podría resultar un buen gobernador para mi planeta?

Simón pegó un respingo.

—¿Se ha vuelto loco? —rugió.

—Nada de eso, amiguito. La duración del cargo sería de cinco años y sus emolumentos, libres de todos impuestos, de doscientos mil escudos terrestres mensuales. Gastos pagados también, claro: alojamiento, comida... Todo cuanto usted desee, relacionado con el cargo de gobernador, por supuesto, le será facilitado gratuitamente. Si desea invitar a sus amigos, el Estado pagará el banquete... Bueno, no es necesario que siga hablando, ¿verdad?

Simón parpadeó.

—Doscientos mil escudos... Y yo sólo gano dos mil quinientos tartamudeó.

—Ni un céntimo menos — corroboró K'Tin —. Pero todavía falta un pequeño trámite por cumplir...

—Oiga, Kitin, usted no se da cuenta aún de que primero es necesario que yo acepte el cargo — dijo Simón.

—Es que todavía no me he decidido por usted... perdón, nos hemos decidido por usted. Hay otro candidato, sexo femenino, puesto que nuestras leyes no hacen distinción de sexo en cuanto al puesto de gobernador, si bien ello pudiera afectarle a usted, ya que cabe la posibilidad de que no resulte elegido. Pero, en todo caso, le indemnizaríamos generosamente por las molestias que le hemos causado.

—Molestias, ninguna — aseguró Simón —. Para mí resulta, incluso, excitante. Pero ¿cómo eligen ustedes a su gobernador?

K'Tin sonrió sibilinamente.

—Aún es pronto para que lo sepa —contestó—. Y, de todas formas, todavía nos falta otro trámite.

—¿Puedo saber cuál es?

— Tenemos que celebrar una entrevista con un científico de valía. Usted tal vez no lo entienda..., pero es así, doctor.

Simón se encogió de hombros.

—Como quiera, Kitin. Pero sí me gustaría saber por qué no eligen gobernador a uno de los nativos de...

—Opinamos que el gobernador debe ser persona ajena a la política interna del país —contestó el extranjero escuetamente.

Se acercó a un «secretaire», lo abrió y extrajo un rectángulo de papel que entregó al joven.

—Los honorarios por la entrevista —dijo—. Resulte o no elegido, al menos, no se quejará de nosotros.

Simón leyó la cifra escrita en el cheque y lanzó una exclamación de su asombro:

—¡Veinticinco mil escudos!

—En el momento oportuno, se le comunicará la decisión tomada con respecto a usted, doctor — dijo K'Tin —. Sólo le ruego sea discreto, por favor.

Simón reflexionó un momento.

—Por favor, ¿puedo conocer el nombre del otro candidato al puesto de gobernador? —preguntó.

—No —contestó K'Tin en tono tajante—. Es decir, por ahora no; como tampoco ella sabrá el suyo, hasta que llegue el momento de la decisión y ésta sea hecho pública. Doctor, gracias por haber venido, y hasta la vista.

Cuando abandonó el hotel, Simón no se había recobrado todavía de los efectos que en su ánimo había causado la sorprendente entrevista.

* * *

—Es muy joven — dijo Elvira —, ya que apenas tiene veinticuatro años, pero, en cambio, posee una gran inteligencia, además de ser tremendamente astuta. Tan astuta, que jamás hemos podido probarle ninguno de sus numerosos delitos, y tan enérgica como para dirigir con mano de hierro a su banda de forajidos.

—Vaya, no tiene desperdicio —comentó Simón, mientras aceptaba la copa que le tendía su amiga—. ¿Cuántas muertes tiene en su historial ese único espécimen de la delincuencia femenina?

—Ninguna — respondió Elvira —. Lo suyo es robar... Golpes bien planeados, por supuesto. Y nada de fruslerías; el último que se le atribuye a ella, aunque, como digo, no se le puede probar, ha

debido de proporcionarle algo así como un millón y medio de escudos. Naturalmente, paga muy bien a sus colaboradores, pero puedes calcular que a ella le habrán quedado limpios unos quinientos mil.

—A mí me da la sensación de que, además, hace otras cosas — dijo Simón.

—¿Te refieres a las amenazas que profirió cuando fue a visitarte?

—Sí, y eso es lo que encuentro más extraño, Elvira.

—Bueno, también hace otras cosas, por encargo, naturalmente. Quizá haga algún chantaje, pero lo suyo, insisto, es robar.

—Puede robar algo más que dinero o joyas. Documentos valiosos, por ejemplo.

—Lo admito: y quien se lo encomienda, debe pagarle muy bien, porque, diciéndolo con frase muy tópica, Stevie Magnock no falla jamás.

Simón apuró el contenido de su copa.

—¡Vaya con la pájara! —masculló.

—Por cieno —dijo Elvira—, ¿qué entrevista es ésa que te prohibió realizar?

—Hermosa, lo siento, pero el entrevistado me rogó guardase el secreto —contestó Simón—. Por supuesto, no es nada delictivo, puedo garantizártelo.

—No hacía falta que me lo aclarases —sonrió Elvira.

—Ah, otra cosa —exclamó el joven—. ¿Dónde puedo encontrar a esa «recordwoman» en la Olimpiada de la delincuencia?

—Puedes ir a su domicilio, Avenida Catorce, número seis mil doce... o a su cuartel general, en «Tyrrenum».

—Iré a uno de los dos sitios, puedes estar segura de ello — dijo Simón —. Oye, parece que te encuentro un poco distinta, Elvira.

—¿De veras? —preguntó ella.

Simón la contempló de arriba abajo. Preocupado con sus problemas, apenas había reparado en la indumentaria de la joven, que vestía una larga túnica de tejido muy transparente y de color azul pálido. Los largos cabellos negros de Elvira pendían sueltos sobre su espalda. Estaba a contraluz de una lámpara y su hermosa silueta se dibujaba con nítidos contornos.

—Sí,, estás muy diferente — insistió él —. Siempre te he visto

con ese horrendo uniforme policial... Pero ahora, la cosa resulta mejor. Muchísimo mejor, por supuesto.

Elvira lanzó una suave carcajada.

—Ya era hora de que empezaras a fijarte en mi aspecto — dijo.

Y avanzó hacia él, elevando los brazos al mismo tiempo qué entreabría los labios en una sonrisa llena de ardientes promesas.

Simón la estrechó contra sí. Ciertamente, Elvira era el mejor remedio, aunque sólo fuese momentáneo, para olvidarse de las preocupaciones que le atosigaban.

Capítulo IV

Simón entró a la tarde siguiente en el «Tyrrenum». Jamás había puesto los pies en el local y su aspecto le sorprendió agradablemente. Sin rebosar de lujo, tampoco era un antro infecto como había sospechado al recibir los informes de su buena amiga Elvira Znahun.

El «Tyrrenum» era espacioso y había de todo lo que un hombre pudiera apetecer. La barra era larguísima y tras ella se veían unas estanterías amplísimas.

Simón tomó asiento en un taburete sin patas, sustentado por antigravedad. El mecanismo tenía una holgura deliberada de un medio por ciento, lo que confería al disco que servía de asiento la blandura que hubiese tenido de hallarse provisto de muelles de suspensión. Encargó una bebida y paseó la vista por el local, tratando de encontrar en aquella variada fauna humana a alguien que pudiera darle una pista para encontrar a Stevie Magnock.

Una rubia, de generosos contornos anatómicos, se le acercó, ondulante e insinuadora.

—¿Buscas a alguien, buen mozo? —preguntó—. ¿Puedo servirte yo?

—Me servirías, si te llamases Stevie Magnock — contestó Simón.

La rubia le miró desdeñosamente, de arriba abajo.

—Vete al infierno —se despidió de él.

Simón se encogió de hombros.

—Parece que mi primera gestión no ha estado acompañada precisamente por el éxito — se dijo.

Una mano le tocó en el hombro.

—¿Usted busca a Stevie? —dijo el sujeto.

—Sí — confirmó Simón.

—Aguarde aquí un momento. Voy a ver si le consigo la entrevista.

—¿Gratis?

El otro soltó un bufido y se alejó. Simón presintió que pronto iba a entrevistarse con Stevie y abonó la consumición, con una moneda de un escudo.

—Guárdese la vuelta — dijo al *barman*.

—Gracias — contestó el hombre. De pronto se inclinó hacia él —. Tenga cuidado, señor — advirtió.

Simón le dirigió una mirada inquisitiva. El *barman* añadió:

—El sujeto que le ha hablado es Dall Orrhus, y es menos de fiar que una serpiente de cascabel rabiosa.

—Lo tendré en cuenta... Y gracias por los informes — contestó Simón, agregando otro escudo al anterior.

Orrhus volvió minutos más tarde.

—Sígame —indicó escuetamente.

Simón echó a andar tras el individuo. Cruzaron todo el local y atravesaron una puerta que parecía conducir a ciertas habitaciones reservadas.

—Siga ese pasillo, hasta la última puerta — dijo Orrhus. —. Ella le aguarda ya.

Simón reanudó la marcha. Al llegar a la puerta señalada, tocó con los nudillos.

Un individuo, de hercúlea complexión, abrió y se apartó a un lado.

—Entre, señor Heysel — invitó.

Simón cruzó el umbral. Al fondo, sentado en una silla, con un parche sobre la ceja izquierda, divisó a Calvin.

—Hola, Philip — saludó alegremente —. ¿Qué tal el aterrizaje?

Calvin emitió un gruñido nada amable.

—Ahora tendré yo el gusto de devolverle el favor — dijo.

—¿De veras? —sonrió el joven.

Entonces, el otro cerró la puerta y Simón pudo darse cuenta de que había caído en una trampa, porque Stevie no se encontraba en la habitación.

* * *

Calvin se puso pie y avanzó hacia el joven.

—Me lo dejas vera mí, ¿verdad, Dane? —consultó al otro sujeto.

—Es tuyo, Philip — respondió Dane Leec, a la vez que se cruzaba de brazos.

—Voy a tomarme el desquite —anunció Calvin—. Ahora no está usted a bordo de su gravimóvil, cómodamente atado al asiento. Mi amigo Dane cuidará de que no me juegue usted una mala pasada.

—Lo cual — dijo Simón tranquilamente — significa que me tiene usted un miedo espantoso.

Calvin inspiró profundamente. De súbito, sin previo aviso, disparó el puño derecho hacia delante.

Simón elevó los brazos y juntó ambas manos con un golpe seco, como si aplaudiese a la altura de su mandíbula. A Calvin le pareció que le aplastaban la mano con dos mazos, actuando en sentido opuesto.

Un aullido de dolor se escapó de sus labios.

El brazo se le quedó repentinamente muerto y sin fuerza.

Acto seguido, Simón elevó el pie derecho y lo hundió en la ingle de su adversario. Cuando Calvin se inclinó, le golpeó con el puño en la nuca indefensa.

Calvin se desplomó, fulminado. Leec parpadeó, asombrado.

— Buen luchador — elogió —. Pero conmigo no te servirá.

Y cargó contra el joven con todo el peso de sus ciento veinte kilos.

Simón quiso eludir el impacto de aquella mole de carne, pero no lo consiguió del todo. La cabeza de Leec le golpeó en el hombro y cayó rodando por el suelo, aturdido a consecuencia del tremendo choque.

Vagamente notó que la puerta se abría y que una persona aparecía en el umbral. Pero toda su atención se hallaba centrada en aquel momento en esquivar el siguiente ataque de Leec, quien, con una sonrisa diabólica en los labios, se aprestaba a golpearle con el pie.

Algo estalló de repente son sonoros chasquidos. Una silla se deshizo en múltiples fragmentos. Leec gruñó algo y cayó de rodillas.

Aún resistía, sin embargo. Pero la recién llegada agarró una botella, de las que había sobre la mesa, y la rompió sobre el cráneo

de Leec.

El gigante se derrumbó a un lado. Simón hizo un esfuerzo y se incorporó en parte, apoyándose sobre un codo.

—¡Viva mi salvadora! — gritó.

Ella le miró sonriendo. Enseñaba unos dientes blanquísimos, en una tez canela de singular atractivo.

—Me gustan las peleas, pero en igualdad de condiciones —dijo —. No me gusta que se pisotee a un hombre indefenso.

—De cuya opinión participo yo con todo entusiasmo — contestó Simón, a la vez que se ponía en pie, casi recuperado—. Ahora debo darle las gracias por su oportuna intervención, señora...

—Me llamo Bet'a 8-UH, pero puede llamarme Betta, a estilo terrestre —dijo ella—. Y nada de señora; no hay ningún hombre que mande sobre mí. Todavía —añadió maliciosamente.

Simón sonrió. Betta era muy hermosa y vestía con notoria escasez de tejido, una especie de chaquetilla muy corta, pantalones que apenas eran suficientes para cubrir sus esbeltas caderas, y botas de caña muy breve y tacón altísimo. La piel tenía color canela, un tono realmente atractivo, y de agradable combinación con su pelo de un intenso tono dorado.

—Conque de Stravius — dijo él—. ¿Le parece que nos tomemos una copa para celebrar el encuentro, Betta? Ah, por si no lo sabía; soy Simón Heysel.

Betta le miró sorprendida.

—El otro candidato a gobernador de mi planeta — exclamó.

—Estoy por sospechar que usted forma parte de la embajada extraordinaria que ha llegado de Stravius para elegir gobernador — dijo Simón.

—No hay tales sospechas: es cierto —corroboró la joven. Paseó la vista por la estancia—. Pero no veo aquí la persona a la que buscaba.

— Si se refiere a Stevie Magnock, en efecto, no está. —Simón entregó una copa a la hermosa extranjera—. Yo vine aquí, creyendo encontrarla, y me tendieron una trampa. No puedo decirle más, Betta.

—¿Quería hablar usted con Stevie?

—Sí, pero de un tema que no está relacionado en absoluto con la elección de gobernador de Stravius. Por lo menos, así opino yo.

Betta se quedó pensativa unos instantes.

—Tengo que regresar al hotel —dijo al cabo.

—Si no le importa, la acompañaré — se ofreció Simón, mientras se preguntaba por qué una muchacha tan hermosa rema que llevar a la cintura lo que parecía un descomunal cuchillo de caza. Al menos, de tal tenía el aspecto, ya que la funda sólo permitía ver el mango.

Betta sonrió, a la ver que entornaba los párpados.

—No hay objeción — contestó.

Simón echó a andar hacia la puerta, pero, de repente, se percató de la pequeña joya que Betta llevaba pendiente del cuello por una cadena de metal brillante. Era como una especie de medallón, de unos ocho centímetros de diámetro por casi uno de grueso, con muy pocos adornos, de modo, que casi parecía liso.

A K'Tin le había visto uno igual. Curioso, preguntó:

—¿Qué es eso, Betta?

Ella bajó la vista. El medallón descansaba en el centro de su pecho, de rotundos contornos.

— Ah, una traductora automática. La necesitamos porque desconocemos tu idioma —le tuteó de pronto.

—¡Qué maravilla! —se admiró él—. ¡Cómo me gustaría tener una para estudiarla?

—Si vienes conmigo al hotel, te regalaré una — dijo Betta.

La mirada de la joven decía muchas cosas que ella no formulaba con palabras. Simón hizo un entusiasta movimiento de cabeza.

—Eso no se repite dos veces —exclamó.

Y mientras agarraba a Betta con una mano, abría con la otra. Dieron ambos dos pasos y se encontraron frente a un sujeto, que les encañonaba con una pistola.

—¡Alto! —Ordenó Orrhus—. ¿Dónde está el permiso para salir de este lugar?

—Aquí — contestó Betta.

Una fracción de segundo más tarde. Simón veía asomar en el pecho de Orrhus el mango del cuchillo de la joven, que ella le había arrojado con un movimiento imposible de seguir con la vista. Orrhus gimió horriblemente, a la vez que se tambaleaba, en un vano esfuerzo por conservar el equilibrio. Desesperadamente, quiso levantar la mano armada, pero Betta con pasmosa frialdad, le pegó

un terrible empujón, acabando de tirarlo al suelo.

Simón se sentía atónito. Sin mostrar la menor turbación, Betta se inclinó sobre el caído, sacó el cuchillo de la herida y volvió a la habitación para limpiarlo con un paño. Instantes después, se hallaba junto al atónito joven.

—¿Vamos? —invitó, con la mejor de sus sonrisas,

Simón se pasó una mano por los ojos.

—Eres… bueno, no sé qué calificativo darte… Betta, ¿te das cuenta de que has cometido un homicidio?

—¿De veras? ¿Consideras a «eso» como un hombre? —respondió la hermosa extranjera—. Además, eres uno de los dos candidatos a gobernador. Mi misión, ahora, era protegerte de cualquier daño que pudieras sufrir. Ese sujeto nos cerraba el paso… Bueno, no vamos a seguir discutiendo este asunto por más tiempo, ¿verdad?

—Pero el cadáver…

Betta se encogió de hombros.

—Ya lo recogerán sus compinches —respondió en tono indiferente —. Y no les conviene divulgar el hecho, créeme. ¿Vamos?

Simón lanzó un profundo suspiro.

—Sí, vamos — obedeció, mientras, en su fuero interno, se preguntaba en qué acabaría aquel asunto en el que se había visto metido de manera por completo involuntaria.

Capítulo V

El suave tañido del videófono llegó hasta el cuarto de baño, en el que Stevie se hallaba desnuda frente al secador de aire caliente, después de haberse dado un baño. Haciendo un gesto de fastidio, Stevie se puso una bata y acudió al salón, donde el tañido continuaba oyéndose con insistencia.

El sonido cesó cuando ella dio el contacto. Una cara masculina apareció ante sus ojos.

—Ha tardado mucho en acudir — dijo el hombre.

—Estaba en el baño — respondió ella fríamente—. ¿Sucede algo?

—Sucede que no tenemos noticias suyas. ¿Qué pasa?

—Estoy sobre el asunto. No lo dejo de la mano. Eso es todo.

— ¿Nada más?

—¿No le parece suficiente, señor… Smith? Yo nunca doy detalles de la forma en que realizo mis operaciones. Me limito a presentar los resultados, eso es todo.

—Pero está tardando demasiado…

—Escuche —le cortó Stevie fríamente—, si no le gusta mi forma de actuar, cancelaremos el trato. Yo le devuelvo a usted el anticipo que me entregó y se acabó nuestra relación.

—Caramba, señorita Magnock, vaya una respuesta — protestó el individuo.

—No puedo, ni quiero darle otra —dijo Stevie, sin abandonar su tono frío y distante—. Si no estuviera segura de triunfar, le devolvería el anticipo que me dio; mejor dicho, no habría aceptado ya el trato. Pero puesto que lo acepté, seguiré hasta el fin… y lo conseguiré. Ahora bien, quiero que lo sepa de una vez: no acepto interferencias en mi labor. ¿Está claro, señor… Smith?

—Clarísimo — aceptó el otro, resignado —. A propósito, ¿qué piensa hacer con respecto al profesor Fahler?

—En cierto modo, es algo nuevo para mí — dijo Stevie—. ¿Qué me aconseja usted?

El hombre reflexionó un instante, antes de contestar:

—Primero, haga un sondeo, a fin de explorar su ánimo. Ofrézcale dinero, mucho dinero. Después, si rechaza la oferta, será

el momento de actuar.

—Entendido. ¿Hasta dónde puedo llegar?

«Smith» citó una cifra. Stevie estaba acostumbrada a oír cantidades elevadas de dinero, pero aquello superaba a cuanto hubiera podido imaginar.

—No es usted tacaño, ciertamente, señor Smith — dijo.

—El asunto lo merece — respondió el otro —. ¿Cuándo podré llamarla para conocer la respuesta del profesor?

—Déme cuarenta y ocho horas — pidió la joven.

—Y en cuanto a Heysel... Bueno, no lo olvide.

—No lo olvido — respondió Stevie secamente.

La conversación había terminado ya. Stevie fue a su dormitorio y se puso un holgado traje de una sola pieza y de tejido esponjoso. Se cepilló un poco el pelo y luego, tras reflexionar unos minutos, volvió frente al videófono.

Calvin atendió a la llamada y las noticias que dio no eran precisamente buenas. Stevie se quedó muy sorprendida, pero, más que nada, por la muerte de Orrhus.

—No debió haber empleado nunca las armas — dijo, como remate a su segundo diálogo.

Apenas había cortado la comunicación, llamaron a la puerta.

Stevie era prevenida y no abría nunca sin saber quién era el visitante. Su circuito privado de televisión le mostró una cara conocida.

—¡Heysel! —exclamó, sin poder contenerse.

* * *

Desde el umbral, Simón dirigió a la joven una alegre sonrisa.

—¿Puedo pasar? —solicitó.

—Entre, pero le advierto que ya he avisado a la policía — manifestó ella—. Dentro de nada, vendrán a detenerle por complicidad en la muerte de Dall Orrhus.

Simón la miró de reojo.

—Usted y le policía son tan poco compatibles como el agua y el aceite — contestó tranquilamente—. Y lo que menos le conviene es verse mezclada en un caso de homicidio.

Había un bar bien provisto en uno de los rincones de la sala y se

acercó allí, para servirse una copa con toda desenvoltura.

—Además, Orrhus quería disparar contra nosotros — añadió.

—Sólo pretendía intimidarles...

—Explique eso a un extranjero, poco conocedor de nuestras costumbres —respondió él tranquilamente, mientras, después de oler el contenido de la copa, la contemplaba al trasluz —. Buen Jerez —elogió—. ¿Sintetizado?

—Yo no bebo de esas porquerías — respondió Stevie agriamente —. Y ya que está ahí, lo menos que podría hacer es servirme una copa.

—Con mucho gusto — rió él —. Oiga, tiene usted una casa maravillosa; se respira lujo por todas partes... Claro que quien se permite el gusto de beber Jerez auténtico, no puede ir regateando el dinero en la decoración. Parece que se gana bien la vida, ¿eh?

—A usted no le importan en absoluto mis fuentes de ingresos —. Stevie seguía sin abandonar su tono seco y desabrido.

—Hasta cierto punto, guapa. En efecto, no me importa cómo se gane usted la vida... mientras no pretenda hacerlo a mi costa.

Stevie se mordió los labios.

—Sobre ese punto, ya está todo dicho —contestó.

—¿De veras? Oiga estuve en el «Siete Galaxias». ¿Qué cuenta el bueno de Philip? Debe estar muy resentido conmigo, ¿no?

—Acabemos de una vez. ¿A qué ha venido, doctor?

—Simplemente, a saber por qué no quería usted que yo asistiese a mi entrevista con K'Tin 7-BO.

Stevie hizo un gesto negativo con la cabeza.

— Respuesta denegada — dijo.

Simón no se inmutó. Apuró la copa y la dejó sobre el bar.

—Volveré otro día —dijo tranquilamente—. Tal vez su visita estaba relacionada con mi presunta elección como gobernador de Stravius.

Stevie acusó el golpe. Simón se echó a reír.

—He acertado — dijo—. Volveremos a vernos, hermosa.

—Espere un momento, doctor — pidió ella con vehemencia.

—¿Por qué no me llama Simón? Es más amistoso, ¿no?

Ella no hizo caso de la observación.

—Me gustaría saber quién le facilitó mi dirección — dijo.

—Una buena amiga mía, la comisario Znahun — contestó él.

—¡Elvira Znahun! —se sorprendió Stevie.
—La conoce, ¿verdad?
—No es persona de mi especial agrado, doctor.
—Se comprende, claro. Las profesiones respectivas son totalmente contradictorias, antagónicas, quizás esté mejor dicho.
—Los motivos son muy distintos —dijo Stevie—. Tengo buenos amigos en la policía...
—Sí, claro, de esos que aceptan su dinero, por volver la cabeza a un lado en el momento oportuno — dijo Simón con sarcasmo —. Por lo visto, Elvira no es de esa clase.
—Insisto, los motivos son muy otros.
Simón se encogió de hombros.
—Lo mismo me da —contestó—. Pero antes de irme, voy a hacerle una advertencia, Stevie.
—¿Sí? —dijo ella en tono impertinente.
—No vuelva a meterse conmigo; déjeme en paz... o le parecerá que se le han caído encima diez toneladas de ladrillos. Usted no me conoce bien todavía *y,* por su propio futuro, le recomiendo continúe en la ignorancia con respecto a mí.
Las últimas palabras de Simón eran pronunciadas en un tono de dureza, que una mujer perspicaz como Stevie no podía dejar de captar. Pese a todo, mantuvo su actitud altanera y arrogante mientras el joven cruzaba la puerta.
Pero cuando se quedó sola, no pudo contener se. Agarró un valioso jarrón con ambas manos y lo estrelló contra el suelo.
Por su parte, Simón, mientras bajaba a la planta en el ascensor, meneó la cabeza pesarosamente.
—¡Lástima de chica! —murmuró—. Tan guapa... como incorregible.
Y luego se despreocupó de Stevie, porque tenía una cita para salir a cenar con Bet'a 8-UH y no quería llegar tarde. Además, le había prometido que luego le enseñaría la vida nocturna de la capital y..., en fin, era un panorama harto prometedor para perderlo por falta de puntualidad.
Entretanto, Stevie hablaba por videófono con Philip Calvin.
—No me preguntes cómo te las vas a arreglar, ni cuántos hombres vas a necesitar —le decía—. Lo que quiero es que cumplas mis órdenes, ¿entendido?

—Sí, jefe... digo, sí, señorita —respondió Calvin.

—Ah, una observación de suma importancia. No se le debe causar el menor daño, salvo, naturalmente, lo preciso para reducirle a la impotencia y mantenerle en el encierro que ya te he indicado. Si muere, yo no cobraré ni vosotros tampoco. Ten en cuenta que éste es el asunto más importante que hemos tenido entre manos en los últimos años. ¿Entendido?

—Descuide, señorita Magnock — contestó Calvin.

Stevie cortó la comunicación. Una singular sonrisa apareció en sus rojos labios.

—Y cuando este asunto haya terminado, tú y yo, Simón Heysel, nos las vamos a ver cara a cara — se prometió a sí misma.

* * *

Las cuatro personas estaban sentadas frente a un singular aparato que parecía un televisor de épocas pasadas. El supuesto televisor, sin embargo, tenía una especie de pedestal con numerosos mandos y controles, además de un par de docenas de lamparitas, cuyos destellos intermitentes señalaban el regular funcionamiento del aparato.

K'Tin había insertado dos tarjetas, adecuadamente perforadas, en sendas ranuras situadas a los costados del aparato. Li'd 1-Eé, Ea'd 3-TQ y Betta, como miembros más destacados de la embajada extraordinaria, contemplaban en silencio las operaciones que realizaba su jefe.

Dos inscripciones aparecieron en la pantalla, en una misma línea, pero separadas de tal modo que se veían claramente formaban dos párrafos distintos:

1er sujeto: 100% 2.° sujeto: 100%

Sa'd no pudo contener una exclamación típicamente terrestre:

—¡Rayos! ¿Es posible que el porcentaje de posibilidades en ambos candidatos sea absolutamente idéntico en uno y otro caso?

Capítulo VI

Hubo un momento de perplejidad entre la pequeña asamblea. Luego, Li'd hizo una sugerencia.

—Prueba a escala de uno por mil, K'Tin.

El aludido se puso a manejar los controles. La pantalla dio su resultado segundos después:

1er SUJETO: 1000/1000. 2.° sujeto: 1000/1000.

—Descorazonador —comentó Li'd.

—Desconcertante — calificó el otro.

—Y tú, ¿Qué dices, Betta? —preguntó K'Tin. Ya le aplicaban el nombre terrestre que le había dado Heysel.

Betta no contestó.,

Estaba dormida.

—¡Betta! — chilló K'Tin.

La chica despertó, sobresaltada.

—Eh... Ah, sí... Eso... eso mismo decía yo... — habló con voz insegura.

Los otros dos cruzaron una mirada de inteligencia.

—Se le nota la juerga de esta noche — dijo Li'd.

—Todavía le dura — añadió Sa'd irónicamente.

K'Tin frunció el ceño.

—Betta, estamos haciendo pruebas de máximos porcentajes sobre los dos candidatos —explicó—. Hasta ahora, las cifras tanto absolutas como relativas son idénticas en ambos casos.

—Hemos llegado a la millonésima — dijo Li'd.

—Y no hay siquiera un error de una millonésima de millonésima.

—Dos candidatos de cualidades absolutamente iguales, a pesar de ser distintos, tanto en lo físico... como en el sexo.

—Es lo más asombroso que hemos visto jamás.

—Y ya no podemos seguir aplicando coeficientes, porque es materialmente imposible.

—Eso significa que cualquiera de los dos sería un buen gobernador de nuestro planeta — dijo la chica.

—Por supuesto — contestó K'Tin.

—Bien, se puede elegir a ambos...

—¡Eso es imposible! —chilló Li'd.

—En seis mil trescientos setenta y un años, jamás se ha dado el caso de elegir a dos personas para que gobiernen al mismo tiempo —agregó Sa'd.

—La fórmula del duunvirato es políticamente inviable —declaró el jefe de la embajada—. Sólo puede ser elegido uno de los dos candidatos.

—¿No hay modo de solucionar el problema? — preguntó la chica.

El silencio fue la única respuesta que recibió Betta. Ella sonrió.

—Bien, en tal caso, voy a hacerles una proposición — dijo.

Tres pares de ojos le contemplaron con interés.

—Puesto que no tenemos plazo fijado para la elección de gobernador, salvo, naturalmente, evitar pasar de unos límites razonables, ¿por qué no nos divertimos un poco? ¡Se pasa tan bien en la Tierra! — suspiró.

Li'd y Sa'd intercambiaron una mirada.

—Oye, ¿sabes que no es mala idea?

—Me gusta, me gusta. Pero ¿cuáles son los mejores lugares, Betta?

La chica sonrió maliciosamente.

—Dejen que descanse unas horas y a la noche verán lo que es bueno —contestó.

K'Tin no dijo nada. Sentado frente a la máquina, se preguntaba cuál era el mejor método para elegir al futuro gobernador de su planeta.

* * *

El profesor Fahler contempló con curiosidad a la hermosa joven que tenía ante sí, y cuyo aire desenvuelto le agradó no poco. A su vez, Stevie encontró que Fahler era un tipo verdaderamente atractivo, a pesar de que, calculó, debía de andar rondando ya el medio siglo. Pero tenía las fuerzas de un toro, la corpulencia de Hércules y un rostro de una simpática fealdad que le hacía aún más atractivo.

—¿Y bien, señorita Magnock? ¿En qué puedo servirla? —preguntó el científico.

—Verá, profesor... Yo represento a una poderosa entidad económica e industrial, interesada en su invento. Han llegado noticias hasta nosotros de la bondad de su procedimiento para la transformación de la energía solar en algo aprovechable para los terrestres y nos sentimos interesados en la compra de su patente.

—Ah, de modo que era eso —dijo Fahler, en tono lleno, de naturalidad —. Pero no le he preguntado si quiere tomar algo, señorita...

Stevie hizo un gesto con la mano.

—Gracias, profesor; en otro momento — rechazó el ofrecimiento —. ¿De veras cree usted que su descubrimiento es interesante, desde el punto de vista industrial, comercial y, sobre todo, humano?

Una ligera sonrisa se formó en los labios del científico.

—Sí — contestó rotundamente.

—Bien, pero, ¿no podría usted explicarme sus características? .

Fahler hizo un gesto con la mano.

—Venga conmigo, señorita —dijo.

Stevie, intrigada, le siguió. Los dos salieron fuera de la casa. Una vez en el patio anterior, Fahler señaló una extraña antena que había en el tejado del edificio.

—Vea —indicó—. Esa antena recoge la luz y el calor del sol y los transforma en electricidad.

—La idea es antiquísima, profesor; del siglo XX, si no me equivoco.

—Sí, pero entonces se limitaban a recoger el calor del sol en grandes espejos parabólicos, que concentraban sus rayos, hacían hervir una determinada cantidad de agua, la transformaban en vapor y éste movía una turbina, que generaba electricidad. Ahora bien, si yo aprovecho la energía solar, lo hago de un modo enteramente distinto y absolutamente original, cosa que, como comprenderá, no voy a explicarle en cuatro palabras. Además —siguió Fahler su perorata—, mi descubrimiento tiene la ventaja de que no importa que el día esté nublado, o llueva o nieve. Siempre que el sol, aunque haya nubes, este sobre el horizonte, mi transformador funcionará.

—¿Qué pasa cuando el sol se pone? —preguntó Stevie, admirada

a su pesar, mientras seguía contemplando la antena.

—El aparato tiene un pequeño acumulador, de gran capacidad de carga, que, a su vez, mueve una pequeña dinamo, la cual genera la electricidad en el voltaje requerido. Naturalmente, el acumulador y la dinamo entran en funcionamiento apenas se pone el sol, de modo automático.

—Pero eso, ¿no es demasiado complicado, doctor?

Fahler sonrió.

—Bueno, ése es el *quid* del asunto: hacer que lo complicado resulte sencillo —contestó—. ¿No es complicado un aparato de televisión? Y, sin embargo, usted lo pone en funcionamiento con sólo apretar un botón.

—Lo cual significa que, en lo sucesivo, cuando un ciudadano quiera electricidad, disponiendo de su propio transformador solar, sólo tendrá que apretar un interruptor y…

—Exactamente, señorita Magnock —confirmó Fahler, muy satisfecho—. ¿Entramos?

Stevie dirigió una pítima mirada a la antena, una especie de cono de alambre brillante, con muchas espirales, decrecientes en el sentido de unión con el poste de sustentación, y de cuyas espirales sobresalían, a trechos, una especie de pinchos o espinas, que no medirían más allá de cinco centímetros de longitud. Le pareció que estaba asistiendo al nacimiento de una nueva era y, sin saber por qué, se sintió embargada por una extraña emoción.

Pero pronto se recuperó. Había ido a la casa con una misión y debía cumplirla.

Esta vez sí aceptó la copa que le tendía Fahler. Después de tomar un sorbo, dijo:

—Profesor, quiero que oiga mi proposición. El grupo al que represento quiere comprar su patente. Es obvio que usted merece una buena recompensa por su trabajo y su descubrimiento. La oferta es de cien millones de escudos.

Fahler vació de un golpe la copa que tenía en la mano.

—¿Qué te parece, Simón? —preguntó.

* * *

Stevie se quedó atónita al escuchar aquellas palabras.

Sonriente, Simón Heysel apareció en la puerta que comunicaba la sala con el resto del edificio.

—Hola, preciosa — saludó alegremente.

Stevie parecía haberse quedado sin habla. Fahler dijo:

—Una bonita suma, ¿verdad, Simón?

—Verdad, Quintus — respondió el joven, a la vez que avanzaba hacia la mesita de los licores —. Pero la vas a rechazar, supongo.

—Claro —dijo Fahler, sin quitar ojo de Stevie —. No vendería mi patente por todo el oro del mundo.

Stevie procuró rehacerse.

—¿Qué hace usted en casa del profesor? —se dirigió a Simón.

— Soy uno de sus principales colaboradores, por no decir, inmodestamente, el único. Pero estoy de acuerdo con él; no debe vender, por tentadora que sea la cifra que le ofrezcan — declaró Simón en tono tajante.

—Usted no es el propietario de la patente...

—No, no lo soy, y sólo expreso mi opinión. Si él decidiera vender, yo seguiría pensando lo mismo, aunque respetaría su decisión. Pero me alegra que se mantenga firme.

Stevie se volvió hacia el científico.

—Estoy hablando con usted, profesor —dijo—. Tengo autorización para elevar la cifra mencionada hasta un cincuenta por ciento más.

—Señorita Magnock, el placer de contemplar su hermoso rostro y su silueta de Venus, no embarga mis sentidos hasta el punto de ceder en mis convicciones —manifestó Fahler, con un deje de ironía en la voz—. Tomaremos otra copa, charlaremos un rato amistosamente, de otros temas, claro... pero este asunto ha quedado ya zanjado definitivamente.

Stevie dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Se equivoca usted, profesor —contradijo—. Este asunto no ha quedado zanjado ni mucho menos. Acaba de empezar.

Y se marchó sin decir «adiós» siquiera.

—La chica es enérgica, ¿eh? —comentó Fahler.

—Sí, pero también muy peligrosa, Quintus —dijo Simón pensativamente —. Y no me gusta el tono en que ha pronunciado sus últimas palabras.

—¿Crees que puede intentar algo, Simón? Tú ya me entiendes...

— Estoy seguro de que algo hará, pero tampoco nosotros nos vamos a quedar cruzados de brazos —respondió el joven, cuyo ceño se había fruncido, en señal de preocupación.

Capítulo VII

—Así pues, tú crees que Fahler corre peligro — dijo la comisario de la Intrapol, Elvira Znahun.

—Bien, de un modo estricto, no aseguraría que corre peligro en sentido físico —contestó Simón—. Ahora bien, sabiendo que Stevie interviene en este asunto, resulta fácil imaginarse cuáles son sus intenciones.

—Yo también me lo figuro —dijo Elvira—. Y no me gustaría que, dada la cantidad de dinero en danza, quebrantase sus reglas morales, si es que se pueden calificar de tal modo, e iniciase la serie de asesinatos que nunca ha cometido. No, no me gustaría, te lo digo sinceramente, Simón.

— Tampoco a mí, Elvira. Aprecio mucho a Quintus y, créeme, si le sucediera algo, me volvería un hombre primitivo y no miraría que Stevie es una mujer, porque la estrangularía con mis propias manos.

Elvira suspiró.

—Incorregible Stevie Magnock — dijo.

—¿Es que nadie ha tratado de corregirla? —preguntó Simón.

—Todo ha resultado inútil. Hemos sido las olas contra una roca: nos hemos deshecho en espumas, pero la roca ha continuado erguida, desafiando el temporal.

Simón se echó a reír.

—Una brillante metáfora —calificó—. Pero tal vez es que no se ha sabido dar con el método apropiado de corrección.

—Tal vez; aunque si tú lo intentases, también obtendrías el mismo resultado. Pero, en fin, hablemos de otra cosa, Simón. Quintus necesita protección.

—Inmediata y eficiente, Elvira.

—La tendrá. Dispongo de buena gente en mi sección. Enviaré a

cuatro hombres listos, valientes y fornidos, dispuestos a todo. Quintus quedará suficientemente protegido, te lo aseguro.

—Gracias, preciosa. No esperaba menos de ti.

Elvira le dirigió un alegre guiño. Simón sonrió un instante antes de cortar la conexión.

Se separó del videófono. Al volverse, vio a cuatro individuos que habían entrado en la casa sin hacer el menor ruido.

— Algunas de esas caras me son conocidas — comentó, sin estridencias en la voz.

—Efectivamente, doctor — confirmó Calvin —. ¿Le presento a los demás?

—No, ¿para qué? Detesto los formulismos sociales — dijo Simón de buen humor —. Pero sí podré preguntarles por los motivos de su visita.

—Se lo diré en el acto, doctor: Venimos a llevarle con nosotros.

—¿Puedo preguntar el lugar de destino?

—Es inútil; no le contestaremos — dijo otro de los intrusos.

Simón miró con curiosidad al que acababa de hablar.

—A usted no lo conozco — declaró.

—Si quiere saber mi nombre, se lo diré: Stan Gáromy. Pero eso es todo; ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Usted tiene espíritu de hombre de negocios... ¿Eh, que diablos pretenden? —gritó Simón, alarmadísimo.

Cuatro pistolas acababan de aparecer en las manos de los intrusos. Durante una fracción de segundo, Simón tuvo la horrible sensación de ser el protagonista de un fusilamiento.

Las pistolas vomitaron sendas bolitas de gas que se deshicieron en las inmediaciones de su cara. Fue todo demasiado rápido para que el joven pudiera evitar los efectos de aquel gas.

Instantes después, yacía inconsciente sobre la alfombra.

Calvin sacó el transmisor portátil de su bolsillo y lo puso en funcionamiento:

—Ya está —informó.

—¿Ha puesto objeciones? —preguntó Stevie.

—Qué cosas tiene usted —rió el sujeto—. Ha caído como un pajarillo.

—Está bien, pero no te olvides de los defectos del gas. No quiero que os llevéis una sorpresa.

—Descuide, señorita.

—Ah, Stan deberá venir a verme; tengo una nueva misión para él —exclamó la joven—. En cuanto a vosotros tres, os encargaréis de acompañar al doctor Heysel hasta nueva orden. Eso es todo, Philip.

—Sí, señorita.

Calvin guardó el transmisor en el bolsillo y miró al caído, que ya empezaba a moverse.

—Stan, ella quiere verte — dijo —. Tiene algo para ti.

—Está bien — contestó Gáromy.

Y se marchó.

Simón se puso en pie unos minutos más tarde.

—Tienes que venir con nosotros —ordenó Calvin.

—Sí—dijo el joven, con voz átona.

—Vamos, en marcha.

Simón echó a andar. Los otros dos sicarios se situaron a ambos lados del prisionero. Uno de ellos llevaba un maletín con algunas prendas de ropa.

Momentos más tarde, estaban en la calle. Entonces, se oyó un grito femenino:

—¡Simón!

El joven volvió la cabeza. Betta se le acercó, con la sonrisa en los labios.

—Hola, Simón —dijo—. Venía a buscarte, para...

—Lo siento, señora —terció Calvin, con escasa amabilidad—. El doctor Heysel no puede acompañarla ahora.

Betta puso cara de extrañeza. Calvin se volvió hacia el joven.

—¿No es cierto, doctor? —pidió una confirmación a sus palabras.

—Así es —respondió Simón.

La joven extranjera meditó unos instantes. La actitud de Simón le parecía sospechosa. Y aquellos tres sujetos de caras tan poco amables...

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Lo siento, Simón —se disculpó—. Vendré a verte en otro momento. Excúsenme, caballeros — se despidió de los otros.

Había un gravimóvil estacionado a poca distancia. Betta vio como Simón entraba en el vehículo, acompañado del trío, uno de

cuyos componentes se hizo cargo de los mandos.

Instantes después, el aparato se elevaba raudamente, perdiéndose de vista en pocos segundos.

* * *

Los cuatro sujetos contemplaban fijamente la proyección de un plano sobre una pantalla de gran tamaño. Stevie, con un puntero, iba señalando los lugares más importantes del plano.

—El profesor Fahler vive solo con una sirvienta, su ama de llaves — dijo la joven —. La misión consiste en inutilizar a ambos, sin violencia, por supuesto, y apoderarse de todos los instrumentos científicos que tiene en la casa, así como también todos los documentos y apuntes relativos al último invento realizado...

Stevie habló durante algunos minutos. Al terminar, se mostró dispuesta a aclarar las dudas que hubieran surgido.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Gáromy, que era el director de la operación.

—No hay plazo fijado, aunque, naturalmente, conviene trabajar con la mayor rapidez posible.

—Tendremos que llevar un aparato grande —dijo otro de los sujetos implicados en el asunto—. Puede que sea necesario transportar demasiada carga y un gravimóvil corriente no...

—Lleven un carguero de diez toneladas; será más que suficiente —contestó la joven. Se acercó a un «secretarie», abrió un cajón y sacó un fajo de billetes—. No quiero que regateen gastos —indicó.

—La última pregunta —dijo Gáromy—. ¿Cuál va a ser nuestro beneficio, señorita Magnock?

Stevie le miró fijamente.

—Un millón por barba — contestó.

El asombro fue unánime en el auditorio.

— ¡Un millón! — repitieron algunos.

—Justamente. Y cada uno de los miembros de la banda, incluso los que no irán a casa del profesor Fahler, tendrá su millón. Es lo convenido habitualmente, pero más en este caso, porque los otros están cumpliendo una misión relacionada con la vuestra. No vamos a dejarles sin su parte, creo yo.

Los cuatro hombres aprobaron la decisión de Stevie. Sólo

Gáromy tuvo algo que objetar:

—Un millón para cada uno... es de suponer que su parte sea bastante más elevada, señorita Magnock, y no es mi intención discutirlo; pero... ¿hay alguien capaz de pagar una suma tan enorme por los trabajos del profesor Fahler?

—Si no fuera así, ahora estaríamos estudiando el modo de dejar «limpia» una buena joyería — respondió Stevie fríamente.

Ya no hubo más preguntas. Todos los presentes comprendían que la joven no revelaría el nombre de la persona que había contratado sus servicios. En realidad, tampoco les importaba demasiado.

Iban a cobrar un millón y eso sí era realmente importante.

Minutos más tarde, Stevie se quedaba a solas. Entonces sacó su transmisor individual y dio el contacto:

—¿Philip? — llamó.

La respuesta de Calvin se hizo esperar algunos segundos.

—Sí, señorita — dijo el sujeto.

—¿Cómo está el prisionero?

—Perfectamente, no hay cuidado alguno. Sólo quiere saber cuándo le soltaremos...

—Eso se lo diré yo en persona y no tardaré mucho —respondió la joven.

* * *

La única ventana de la habitación donde se hallaba Simón daba a un profundísimo desfiladero, de paredes verticales durante más de cien metros. La base del edificio acababa justamente en el borde del abismo, por lo que resultaba imposible pensar en la evasión por aquel lado, sin contar con los medios adecuados.

El hecho de que desde aquel lugar se divisara un panorama esplendoroso no servía precisamente para mejorar el estado de humor del prisionero.

Simón se daba cuenta con toda claridad de que su secuestro estaba relacionado con el invento de su amigo Fahler. Pero no podía hacer nada por evitarlo.

Calvin lo había expresado crudamente al encerrarle en aquella habitación.

—Tenemos órdenes expresas de no causarle el menor daño, pero tampoco permitiremos el menor intento de evasión. Y lo impediremos por todos los medios —había dicho.

Por fortuna, tenía un televisor para distraerse, así como algunas bebidas y cigarrillos. Pero cada vez que se abría la puerta, dos de sus secuestradores aparecían en el umbral, armados con sendas pistolas colapsantes, mientras el tercero le servía la comida.

—No descuidan las precauciones —comentó para sí.

La puerta se abrió de pronto. Simón, tumbado en el lecho, alzó la cabeza.

—Hola, Stevie — dijo con ancha sonrisa.

La joven hizo un gesto con la mano a sus esbirros.

—Quédense afuera, pero no abran hasta que yo lo ordene —indicó.

La puerta se cerró. Simón y Stevie quedaron a solas.

Capítulo VIII

Simón se incorporó lentamente y se acercó a la mesita donde había una botella y un par de vasos.

—¿Quiere un trago? —invitó.

—No — rechazó ella —. Sólo he venido a verle unos momentos.

—¿Le gusta contemplar mis bellas facciones varoniles? — preguntó él con ironía.

—Nada de eso. Me siento mortalmente curiosa. Nunca pude imaginarme que usted y el profesor Fahler fueran amigos.

—Oh, no se puede decir que estudiásemos juntos, ya que él me pasa unos quince años; pero sí coincidimos muchos años atrás, cuando yo iniciaba mi carrera, recién graduado, y él ostentaba un alto cargo científico en la empresa en la que yo acababa de entrar a trabajar. Congeniamos bastante, porque estábamos en el mismo departamento, y... bueno, al cabo del tiempo, él quiso trabajar por su cuenta. Investigar, es la palabra justa.

—Por lo visto, sus investigaciones han dado resultado.

—Sí.

—Yo diría que usted ha tenido parte importante en esas investigaciones.

—No puedo negarlo —admitió Simón—. Se necesitaban unos cálculos espaciales, muy complicados y difíciles de programar, sobre todo. Yo me encargué de ello.

—Y los cálculos salieron correctos.

Simón sonrió.

—Mi doctorado incluía una tesis sobre Ultramatemáticas — contestó.

Stevie le contempló admirada.

—Es usted un genio — dijo.

—Bueno, no soy malo del todo. Pero mis trabajos le sirvieron de

mucho a Quintus; no es que no hubiera podido llegar él solo al mismo resultado, puesto que la idea era suya, pero mi trabajo le evitó dos años de espera.

—Es decir que hubiese tardado dos años más en completar su descubrimiento.

—Más o menos.

—Entonces... tiene usted una parte importante sobre los derechos de explotación de la patente.

—Quintus me atribuyó el veinticinco por ciento, en un ataque de generosidad. Yo me conformaba con cobrarle solamente el importe de mi trabajo, pero él me dijo que si no accedía a ese trato, buscaría a otro y...

—Se hará rico, en tal caso.

—Con permiso de usted y de su banda de rufianes.

Hubo un instante de silencio.

Ella le miraba fijamente. Simón observó que Stevie parecía un poco alterada, a juzgar por los rápidos vaivenes de su busto.

—No trato de aparentar lo que no soy — respondió ella finalmente.

—Y acepta dinero por dañar a otros.

—En todo caso, el daño no es físico, Simón.

Los labios del joven se contrajeron.

—Escuche esto que voy a decirle, Stevie— exclamó —. Ya le advertí en una ocasión, pero ahora voy a ir un poco más lejos. Presiento que quieren robar a mi amigo el fruto de tantos años de trabajo. Bien, no se lo impediré, porque materialmente no puedo hacerlo, pero en cuanto salga de aquí, dé orden a sus esbirros de que me maten en el acto.

Stevie respingó.

—Yo no soy de esa clase de gente — protestó.

—Pues empiece a serlo, porque, en cuanto termine mi encierro, iré a buscarla a usted y la ahogaré con mis propias manos.

Ella palideció.

—Usted no os un asesino...

—Hay ocasiones en que la muerte de un ser humano, aun paro tiendo asesinato, es simple justicia. Y yo la haré con usted, créame.

Stevie se sintió amedrentada durante unos instantes. La expresión de Simón le infundía miedo.

Pero su orgullo la impulsaba a no dar un paso atrás.

—Cuando yo de la orden, le soltarán — respondió al cabo— Y si quiere vengarse, ya sabe dónde encontrarme.

Ya no hubo más palabras. Instantes después, Simón volvía a quedarse solo en su encierro.

* * *

—Puedes estar tranquilo, profesor — aseguró la comisario Elvira Znahun—. Los cuatro hombres que le he asignado son valerosos y competentes. Verdaderamente, entienden bien su oficio.

Fahler sonrió.

—No lo dudo, aunque me parece un número excesivo — objetó.

—Según los informes de mi nuestro común amigo, los riesgos son muy grandes, profesor.

—Simón es un poco inclinado a la exageración — rió Fahler—. Pero, en fin, si no hay más remedio...

—Mejor así, profesor, créame—aseguró Elvira—. No tiene usted familia, creo —añadió.

—Estuve casado hace veinticinco años —respondió Fahler—. Pero mi esposa me dejó a los tres meses de matrimonio. Ya no la volví a ver más. Sé que tuvo un hijo... bueno, creo que era una niña, pero ya re he vuelto a saber de ambas. Es decir sí, mi esposa murió y... Bueno, ¿a qué hablar de cosas tristes?

Elvira sonrió.

—El tiempo acaba curando esa clase de penas — dijo.

—Sí, es cierto. Oiga, ¿sabe que nunca pude imaginarme que hubiera comisarios tan atractivos en la Intrapol?

Ella se echó a reír.

—No exagere, profesor — dijo —. Bien, ahora tengo que irme; le llamaré por videófono o vendré a verle en otro momento.

—Cuando guste, comisario.

—Llámeme Elvira — dijo la joven, a la vez que le tendía su mano.

Fahler la miró intensamente. Elvira lo percibió y se puso colorada sin saber exactamente los motivos.

«Un cincuentón terriblemente atractivo», pensó.

* * *

Vestida con algo que parecía un bañador de pieles, hecho por una mujer de la Edad de Piedra, Betta avanzó cautelosamente hacia la casa, cuyas ventanas brillaban en la oscuridad.

La joven llevaba unas botas de caña muy corta. Aparte del singular vestido, no llevaba nada más, salvo sus armas.

Los ojos de Betta captaron la imagen del gravimóvil parado a una veintena de pasos del edificio. Desviándose un poco de su camino, Betta se acercó al aparato y abrió sigilosamente la portezuela.

Con la mano izquierda, desprendió algo de su cinturón, arrojándolo acto seguido al interior del gravimóvil. Echó a correr y se agazapó detrás de una de las esquinas de la casa.

Transcurrieron treinta segundos.

Un vivísimo relámpago se dejó ver de pronto en el interior del gravimóvil, seguido de una estruendosa detonación. Enormes chorros de llamas surgieron en el acto, convirtiendo al vehículo en un gran brasero.

Dentro de la casa sonaron gritos de alarma. Calvin y sus dos compinches se precipitaron al exterior.

— Pero ¿quién diablos...?

Calvin río pudo continuar hablando. Una voz sonó a su derecha, fría y conminatoria:

—Será mejor que tiren las armas o tendrán que atenerse a las consecuencias.

Los tres sujetos se quedaron helados de asombro. De súbito, Calvin, reaccionando, lanzó un agudo chillido:

—¡Disparen, chicos!

Se oyeron dos fuertes chasquidos. Calvin y otro de los sujetos cayeron al suelo, revolcándose espantosamente, a la vez que chillaban de un modo horrible. El tercero, Dane Leec, amedrentado, tiró su pistola colapsante y levantó las manos.

—Me rindo —anunció,

—Eso ya está mejor — aprobó Betta, saliendo a terreno descubierto—. Anda, guíame hasta donde está el prisionero.

Leec se sentía pasmado. Tras unos segundos de vacilación, dio media vuelta y entró en la casa, seguido de cerca por la muchacha.

—Tus amigos han muerto ya —dijo Betta—. Piensa en ello antes de intentar jugarme una mala pasada.

Leec no tenía la menor intención de contraatacar, La forma en que habían muerto Calvin y el otro le había causado un pánico horrible, del que todavía no se había repuesto.

Segundos después, la puerta del encierro quedaba abierta. Simón, lleno de asombro, saltó de la cama.

—¡Betta! —exclamó.

La joven sonrió.

—Celebro que estés bien, Simón — dijo —. Tú, entra ahí y ocupa su puesto — se dirigió a Leec.

El gigante entró sin resistirse. Simón no perdió mucho tiempo en abandonar el cuarto.

Betta cerró y miró al joven sonriendo.

—Estarás satisfecho, supongo — dijo.

—Y atónito —confesó él—. ¿Cómo me has localizado?

Ella señaló el medallón que Simón llevaba pendiente del cuello.

—La traductora automática es también un foco de detección nada desdeñable, para casos de apuro —respondió—. Incluso podría Haber hablado contigo desde cualquier distancia, pero ignoraba si tenías gente al lado y por eso preferí callar, a fin de no perder el efecto de la sorpresa.

—Y lo has conseguido, caramba — dijo Simón, todavía sin recobrarse del asombro que le había producido la inesperada aparición de la muchacha—. Pero ¿por qué haces esto por mí?

—Eres uno de los dos candidatos a gobernador de Stravius. No podemos consentir que te suceda el menor daño —respondió Betta.

Simón la miró fijamente durante un segundo. Les ojos de Betta expresaban algo muy distinto a lo que decía su boca.

—Comprendo... y gracias —contestó—. Habrás venido en gravimóvil, supongo.

—Sí. El de sus secuestradores está destruido. Le puse una bomba térmica. Dos han muerto, Simón.

—Eres... terrible — calificó él, a la vez que contemplaba la pistola que pendía del cinturón de la joven—. ¿Qué clase de proyectiles dispara ese chisme? —preguntó.

—Digamos que son cuchillas desplegables, pero sólo en el interior del cuerpo de la víctima. Algo parecido al cuchillo que

lancé contra aquel sujeto que nos cerraba el paso. Al tocar el blanco, se abre como unas tijeras de cuatro hojas, en cruz, con el filo en el exterior.

Simón se estremeció.

—Un arma mortífera — calificó.

—Las usamos en Stravius para la caza —replicó ella con indiferencia—. Pero no vamos a estar aquí hablando continuamente; hemos de regresar a...

—¡Espera un momento! —exclamó él. De repente, se había acordada de su amigo Quintas Fahler—. Antes de marcharnos, he de hacer una llamada.

—Muy bien, como gustes.

Simón busco el videófono y observó con satisfacción que tenía conexión de radio. Marcó una serié de cifras y esperó.

La respuesta no llegaba. Simón repitió la llamada, temerosa de un posible error, pero al igual que en la primera ocasión, el videófono permaneció silencioso y sin imagen en la pantalla.

—No hay duda —dijo con sombrío acento—. Ella ha actuado ya.

—¿Ella? ¿Quién es esa mujer? —preguntó Betta, curiosa.

La cara de Simón se deformó en una mueca de ira.

—Una pájara a la cual voy a tener el gusto de retorcerle el cuello con mis propias manos, antes de que salga el sol — contestó.

Capítulo IX

—Bien —dijo Stan Gáromy—, creo que ya es hora de pasar a la acción.,

Habían visto llegar a Elvira y marcharse después. El sentido común dijo a Gáromy que debían aguardar un rato, antes de iniciar el asalto al objetivo.

Habían pasado ya de la media noche. Gáromy y sus tres compinches avanzaron cautelosamente hacia el edificio.

Estaban ya a veinticinco o treinta pasos, cuando, de repente se encendió un potente reflector, a la vez que sonaba una voz conminatoria:

—Será mejor que tiren las armas y se entreguen. De lo contrario, abriremos el fuego.

Los cuatro rufianes se quedaron atónitos un segundo. Gáromy lanzó una obscena interjección.

—¡Vamos, entréguense! —dijo la misma voz.

Uno de los atacantes recordó de pronto el millón que les iba a reportar la operación y disparó su pistola contra, el reflector.

Era un arma común: disparaba proyectiles expansivos. Se oyó una fuerte detonación y el reflector saltó en mil pedazos.

Un alud de fuego partió de la casa en el acto. Los cuatro agentes que protegían a Fahler disparaban con fusiles cargados con proyectiles expansivos, semejantes en sus efectos a antiguas granadas de artillería de calibre ligero.

El suelo retembló en una serie de explosiones atronadoras, a la vez que se elevaban fogonazos en una extensa área. Uno de los atacantes tuvo tiempo de disparar una vez y su proyectil estalló fragorosamente en la sala, destrozando la mayoría del mobiliario.

Por fortuna para los ocupantes del edificio, la sala estaba vacía en aquel momento. Los agentes, provistos de gafas de visión nocturna, habían visto llegar a los forajidos y se habían situado en la parte alta del edificio.

En cuanto al profesor y a la señora Peters, se hallaban en las habitaciones del otro lado. Los únicos efectos que notaron fue una violenta trepidación que hizo saltar la mayoría de los cristales.

Tres caer?: s humanos resultaron despedazados en el acto por los

estallidos. En cuanto a Gáromy, resultó derribado por la onda explosiva de uno de los proyectiles y, aunque conmocionado, no llegó a perder totalmente el conocimiento.

Aturdido y sangrante, y también colérico por la encerrona en que había caído, junto con sus compinches, consiguió arrastrarse hasta unos arbustos cercanos. El humo de las explosiones le ocultó a los policías de protección.

Esto le permitió escapar, antes de que los hombres de la comisario Znahun pudieran organizar una exploración de los alrededores de la casa. Gáromy se sentía lleno de furia y no precisamente contra los causantes directos de la sangrienta derrota.

* * *

Simón habría podido llamar a la puerta, pero prefirió entrar por sus propios medios. La sorpresa, calculó, podía darle buen resultado.

Todavía no había amanecido. Provisto de una pistola-soplete, Simón trazó, con el chorro de fuego, un ancho semicírculo en torno a la cerradura de seguridad de la puerta. Empujó y el paso quedó libre.

Avanzó sin hacer mido hacia el interior de la casa. Stevie dormía apaciblemente, boca abajo, cubierta solamente la mitad inferior del cuerpo con las ropas de las sábanas.

Simón la contempló en silencio unos momentos. Luego, sin más, alzó la mano y descargó un fuerte golpe en el final de la espalda de la joven.

Stevie despertó sobresaltada, a la vez que lanzaba un terrible chillido. Simón había actuado en la penumbra y encendió la luz.

—¡Usted! — exclamó ella, sentándose en la cama.

—Yo mismo —dijo Simón—. Le hice una promesa, ¿lo recuerda?

La cara de Stevie se puso tan blanca como la sábana con la que se cubría los senos.

—Ha venido a matarme —adivinó.

Simón hizo una profunda inspiración.

—Dígame primero qué ha sido de mi amigo Quintus Fahler — pidió.

—¿Fahler? Está bien, supongo —contestó ella.

—¿Qué está bien? —rugió Simón—. ¡Ha muerto! Sus esbirros lo han asesinado.

—¡Imposible! —gritó Stevie—. Yo les di orden de que no...

—Escuche, no sé las órdenes que les dio usted; lo cierto es que ha muerto miserablemente. Y no me importa lo que luego me pueda pasar a mí, pero, al menos, Quintus Fahler no se irá solo al otro mundo.

Stevie no tenía fuerzas para hablar.

—Simón, yo le aseguro que... —dijo en tono de aflicción—. Sólo pretendíamos apoderarnos de... de su invento... ¡Pero el profesor Fahler no está muerto! ¡Usted se equivoca! ¡Debe tratarse de un error!

—Conque un error, ¿eh?

Repentinamente. Simón agarró a la joven por los cabellos y la saco a rastras de la cama, sin cuidarse de su absoluta desnudez. Ella chillaba y protestaba a voz en cuello, pero sus esfuerzos eran inútiles para desasirse de las implacables manos de Simón. Al fin, llegaron a la sala y se sintió violentamente lanzada contra el suelo, al pie del videófono.

—Espere ahí y no se mueva — ordenó Simón —. Quiero que se convenza por sí misma de la muerte del profesor Fahler.

Stevie tenía los ojos llenos de lágrimas. Medio tendida sobre la alfombra, contempló a Simón, mientras éste marcaba en el videófono el número del de su amigo.

Instantes más tarde, se iluminaba la pantalla. El vozarrón de Fahler se brotó a través del altavoz:

—Hola, Simón. ¿Qué te ocurre para llamar a estas horas de la madrugada?

Durante unos segundos, Simón se quedó estupefacto, incapaz de reaccionar. Fahler, impaciente, dijo:

—Bueno, chico, ¿qué te sucede? ¿Acaso te has quedado mudo?

—Oye, Quintus, te llamé antes y tu videófono no daba señal...

—Ah, es que hemos tenido algo de jaleo. Unos forajidos intentaron asaltar la casa y uno de sus proyectiles explotó en la sala. El videófono resultó averiado, pero ya lo he reparado.

Simón respiró aliviado.

—No sabes cuánto lo celebro —dijo—. De modo que intentaron asaltar...

—Sí. Tres han muerto y el cuarto, porque eran cuatro, logró escapar. Chico no sabes cuánto agradezco tu precaución; los hombres de la comisario Znahun se han portado maravillosamente.

—Está bien, Quintus; luego te llamaré otra vez y hablaremos más extensamente. Ahora tengo que hacer algo muy urgente.

Cortó la comunicación y se enfrentó con Stevie, que permanecía aún en la misma postura.

—Levántese —ordenó.

Ella obedeció, a la vez que se atusaba maquinalmente su revuelta cabellera.

—Espero que se haya convencido ya de que su amigo está vivo — dijo.

—Sí, pero no por falta de ganas de sus esbirros — contestó él —. Y eso es lo que le salva la vida...

—Si no le importa — le interrumpió Stevie fríamente —, me gustaría ponerme algo de ropa encima.

Simón la contempló durante unos segundos, con sonrisa burlona.

—¿Para qué? ¿No está bien así? Hace una excelente temperatura, creo yo —dijo.

Stevie, furiosa, trató de abofetearle, pero él agarró a tiempo su muñeca.

—No me tiente más — exclamó secamente —. Vístase y vuelva; tenemos que hablar.

—Eso es algo que yo también estoy deseando — respondió Stevie de forma sorprendente.

Era aún muy temprano y Simón sentía que debía calmarse un poco. Se acercó al bar y llenó una copa.

Stevie volvió a los pocos minutos, cubierta con una bata. Vio al joven junto al bar y dijo:

—¿No cree que un poco de café le sentaría mejor? Venga a la cocina y allí hablaremos con más tranquilidad.

—Con tal de que no le ponga cicuta al café... — dijo él con sorna.

—Yo uso cianuro desaromatizado; es más seguro y rápido — contestó Stevie con no menor sarcasmo.

Instantes después, la cafetera estaba en el fuego. Entonces, Stevie se volvió hacia él y cruzó los brazos bajo el seno.

—¿Y bien? Ya puede empezar cuando quiera; estoy dispuesta a

contestar a sus preguntas, Simón — invitó.

—¿A todas?

—Lo procuraré — dijo ella, tras breve vacilación.

—Está bien, de acuerdo. Dígame, en primer lugar, por qué es usted la jefe de una cuadrilla de forajidos.

—Gano dinero, eso es todo.

—¿Lo hace sólo por el dinero, Stevie?

—¿Hay otro motivo mejor?

—Hay medios más honrados de ganarlo; en menor cantidad, por supuesto, pero sin correr riesgos de acabar en la cárcel, tal vez para toda la vida.

Stevie se encogió de hombros.

—Hasta ahora no me han puesto la mano encima — contestó indiferentemente.

—Salvo yo — rió Simón.

—Lo suyo es muy diferente —dijo la joven muy colorada—. ¿Qué más tiene que preguntarme?

—Los motivos por los cuales se dedica a ladrona, no el ganar dinero simplemente, sino los otros, los ocultos, les que, tal vez, sólo usted conoce.

Stevie entornó los ojos.

—Es usted muy perspicaz —dijo—. Aguarde un momento, creo que el café está ya listo.

Momentos después, reanudaban la conversación. Stevie dijo:

—Nunca he conocido a mis padres..., por lo menos, a mi padre. De mi madre tengo un vago recuerdo. Crecí en un orfanato... Sí, ya sé que puede parecer un melodrama antiguo, pero es la pura realidad. No digo que allí se portasen mal con nosotros, pero yo no podía respirar en aquel ambiente. La disciplina me ahogaba...

—Y se escapó —dijo Simón.

—Sí. Yo contaba entonces dieciséis años... Bueno, ¿para qué voy a contarle el resto de mi vida? Sólo puedo decirle que pronto comprendí que debía ser más fuerte que los demás si quería sobrevivir.

—Y, como no es tonta, pronto organizó su banda.

—Tenía dieciocho años. Primero fueron golpes fáciles, bien ejecutados, por supuesto. Luego...

—A los veinticuatro años se ha convertido en «La Reina de los

Ladrones».

—Nunca he causado el menor daño físico a nadie. Y aquellos a quienes robé, créame, no eran mucho mejores que yo.

—Ya salió la vieja historia —dijo Simón irónicamente—. Tomarse la justicia por su propia mano, contra una sociedad injusta. ¿No es así como piensa?

Stevie hizo un gesto ambiguo.

—Carezco de sentimientos —respondió—. El que tiene dinero en abundancia no se va a encontrar mucho peor por perder un poco en mi beneficio, eso es todo.

—Pero no es el caso del profesor Fahler, a quien usted trataba de despojar, no sólo del fruto del trabajo de muchos años, sino de algo que ha de beneficiar enormemente a toda la humanidad.

* * *

Después de las dramáticas palabras de Simón, se produjo una pausa de silencio, súbitamente quebrantada por Stevie con una ruidosa carcajada.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó él, sorprendido.

—De lo que acaba de decir — contestó la muchacha—. Beneficiar a la humanidad... Es lo más pintoresco que he oído en los días de mi vida.

—Encuentro muy natural que piense usted así — dijo Simón—. Stevie, su corazón es de oro, pero no por la bondad de sus sentimientos, sino porque sólo piensa en el dinero.

—¿Y en qué otra cosa puede pensarse en este podrido mundo? — exclamó ella agriamente —. El dinero da poder, eso es todo.

—Desgraciadamente, siempre ha sido así, sobre todo para quienes tienen mucho. Pero mi amigo y yo pensamos de un modo muy distinto.

—Vamos, Simón, no me diga que el profesor pensaba exclusivamente en el beneficio de la humanidad cuando empezó a trabajar en su invento.

—Bien, yo no digo que no se preocupara también en ganar algo de dinero; es lógico recibir una compensación por los trabajos que se realizan. Pero sus opiniones son muy distintas de las de los poderosos directivos de la E.M.E.F.M., empresa que ha contratado

los «servicios» de usted, Stevie.

—Lo sabe todo — murmuró ella.

—Es fácil adivinar quién contrató su inteligencia, Stevie. El día en que el invento de mi amigo sea del dominio público, el pulpo que hoy domina a la Tierra morirá por consunción propia. Y, como ellos lo saben, tratan de evitarlo a toda costa.

Stevie pareció mostrarse preocupada.

—¿Es cierto que el invento de su amigo proporcionará energía casi gratis y de un modo prácticamente inagotable? —preguntó.

—Así es —confirmó Simón, muy serio—. Tengo motivos sobrados para saber lo que me digo.

Ella se mordió los labios.

—Eso explica la oferta de hasta ciento cincuenta millones por la patente — dijo.

—Es un precio baratísimo, comparado con la ruina que se les viene encima… y que, por otra parte, la tienen bien merecida. Yo comprendo que a una persona le guste ganar dinero, pero cuando ya se pasa de cierta cifra, uno, diez o cien millones ya no tienen importancia. En cambio, sí la tiene el poder que puede proporcionar ese dinero. Es lo que más temen los directivos de la E.M.E.F.M.: perder el poder que tienen actualmente. Es un poder oculto, que maneja a políticos, y gobiernos como si fuesen títeres. ¿Lo comprende ahora, Stevie?

—Sí, pero ¿qué podemos hacer nosotros para evitarlo?

Simón se puso en pie.

—Usted, no lo sé —respondió—. En cuanto a mí, ya me he trazado un camino y no pienso desviarme de él.

Se dirigió hacia la salida. Por encima del hombro, añadió:

—Puede pasar a sus contratantes la factura del arreglo de una puerta, Stevie. ¡Ah! —se volvió para mirarla fijamente—, y déjenos en paz de una vez. El juego se ha vuelto ya muy peligroso; se ha derramado sangre… y yo pienso procurar, a toda costa, que no sea la mía ni la de mi amigo la próxima que se vierta.

Cuando salió, Stevie continuaba silenciosa.

* * *

Locutor de la T.V.: Señor Von Dussid, hemos oído inquietantes

rumores acerca de un nuevo descubrimiento científico, que parece va a permitir a todo el mundo procurarse su propia electricidad y fuerza motriz. ¿Puede usted indicarnos qué hay de cierto en todo eso?

Entrevistado: ¡Ejem, ejem...! Amigo mío, que un ciudadano cualquiera pueda producir su propia electricidad no es cosa del otro mundo. Basta una batería, la cual está al alcance de todas las personas.

L.: Pero yo le preguntaba en un sentido más amplio, señor Von Dussid. Yo me refiero al hecho de que ese suministro de electricidad individual sea constante y en la tensión suficiente para la energía que hoy día se necesita en un hogar moderno. Asimismo, usted sabe que los vehículos actuales se mueven por energía radiante, la cual es suministrada por la compañía que usted preside, a un precio determinado y con un costo adecuado al consumo de cada cual. Lo que nuestros oyentes quieren saber es si ese supuesto descubrimiento científico les permitirá tener toda la electricidad que quieran y a un precio considerablemente menor que el actual.

E.: Ridículo, amigo mío. Una, dos, cien personas, podrían construirse, su propia instalación individual, a base, claro, de generadores propios,, pero ello les resultaría a un precio prohibitivo. Aparte de que los contratos actuales con nuestra empresa lo prohíben, salvo en casos específicamente autorizados.

L.: Bien, en eso estamos de acuerdo, señor Von Dussid. Pero nuestros oyentes quieren saber de las posibilidades que podrían darse, caso de que dicha hipótesis se convirtiese en realidad. ¿No produciría ello la ruina de su compañía?

E.: En absoluto, mi querido amigo. Nuestra empresa es demasiado fuerte para que se hunda por el supuesto invento de un científico chiflado. El mundo está organizado hoy de un modo muy distinto a como lo estaba hace cien o doscientos años. La menor señal de ruina, y por ende, de disolución de nuestra compañía, debe quedar total y absolutamente descartada. Y en cuanto al invento a que usted alude, debo añadir que nuestros técnicos han estudiado con detenimiento sus posibilidades y han emitido un informe completamente negativo.

L.: Bien, pues... (mirando hacia la cámara). Nuestros oyentes acaban de escuchar las interesantes declaraciones que ha hecho el

señor Von Dussid, presidente de la Empresa Mundial de Electricidad y Fuerza Motriz. Ello bastará, suponemos, para deshacer todos los rumores que habían corrido últimamente sobre el tema que ha ocupado el presente espacio. Buenas noches, amigos todos.

—Buenas noches... ¡y mal rayo te parta, Karl Von Dussid! —exclamó Fahler coléricamente, a la vez que pegaba un manotazo al interruptor de su aparato de televisión.

Acto seguido, se acercó al videófono y llamó a su amigo.

—¿Has oído, Simón?

—Sí. Una entrevista muy interesante, de cara a la galería, claro. Pero también preocupante, Quintus.

—¿Tú crees?

—Sí. Están decididos a todo. Hay que pensar en algo que dé resultado, o la próxima vez atacaran sin tantos miramientos, tú ya me entiendes lo que quiero decir.

—Sí, pero no se me ocurre idea...

—Mañana iré a verte; hablaremos y tal vez encontremos una solución para este problema. Mientras tanto, cuidado con los visitantes, Quintus.

—Elvira está conmigo, Simón.

—Buen guardián — elogió. .

* * *

K’Tin se llevó las manos a la cabeza.

—Todavía sin solución —se lamentó, después de la enésima consulta a la máquina electora.

—Vamos a tener que llevamos a los dos — sugirió Li'd.

—Imposible, nunca se ha hecho una cosa semejante — dijo Sa’d.

—Yo voy a darles la solución —intervino Betta.

Tres pares de ojos se fijaron en la muchacha.

—¿Sí? — dijo K'Tin.

—Una moneda al aire — exclamó ella, impávida.

—¡Jugarnos el cargo de gobernador a cara o cruz! — se horrorizó Sa'd.

—¿Y por qué no? Si las cualidades de ambos son idénticas, lo mismo da que sea elegido gobernador el uno o la otra.

—No —decidió K'Tin—. Agotaremos todas nuestras

posibilidades, incluso tratando de llegar a la cienmillonésima de millonésima. En una partícula tan pequeña, esto es, una cienmillonésima parte, tiene que existir a la fuerza, por pequeño que sea, una diferencia entre ambos candidatos, que nos haga elegir a uno de los dos.

Sa'd meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Jamás se ha llegado a tanto —dijo.

—Una probabilidad entre cien billones — murmuró Li'd.

—La mejor solución es la mía —insistió Betta—. Una moneda al aire y el que pierda que se aguante.

—A pesar de todo, antes de llegar a ese extremo, haremos la última prueba — decidió K'Tin. Elevó los brazos al cielo y exclamó —: ¿Qué dirían en Stravius si supieran que hemos elegido al gobernador por un método tan poco científico?

—Para lo que ha de hacer, el primer ganapán que nos encontrásemos por la calle serviría — dijo Betta con sorna.

* * *

—Los enviados especiales, que componen la embajada extraordinaria de Stravius, no se han decidido todavía por ninguno de los dos candidatos elegidos — declaró el locutor de la T.V. —. Dichos candidatos, cuyos nombres no se han hecho públicos, tienen idénticas posibilidades de aspirar al cargo, lo cual dificulta extraordinariamente la elección.

«No obstante, el honorable K'Tin 7-BO, presidente de dicha embajada, nos ha declarado que en plazo muy breve se conocerá el nombre del afortunado y que...

Stevie cerró el televisor con gesto disgustado.

—¿Y quién quiere ocupar ese cargo? — dijo, fastidiada.

Muy lejos de allí, Karl Von Dussid hizo lo mismo.

—Podían haberme elegido a mí — murmuró —. Una temporadita fuera de la Tierra, alejado del mundanal ruido, me convendría extraordinariamente.

Tal alejamiento le convendría por motivos muy distintos que los de un largo descanso, aunque, quizá, se dijo, era muy posible que estuviese mostrándose aprensivo en demasía.

Y luego, como tenía cosas más importantes de qué preocuparse,

dejó de pensar en un inalcanzable cargo de gobernador de Stravius, para pensar, precisamente en aquellas cosas más importantes.

Otro de los que presenciaron la emisión de noticias fue Simón.

— De todas formas, si no gano, tampoco me disgustaré demasiado — se dijo —. Aunque sí me gustaría conocer, sólo por curiosidad, el nombre del otro candidato.

Acto seguido, continuó con su trabajo, que realizaba con la ayuda de un papel y un lápiz. Mientras trazaba continuas líneas, a pulso, sin necesidad de regla, alternándolo con rápidos cálculos, pensaba también en las posibles implicaciones legales de la idea que se le había ocurrido, para salir del «impasseˆ en que se hallaba el asunto en que estaba metido, junto con su amigo el profesor Quintus Fahler.

Capítulo X

—Lo siento, señor... Smith —dijo Stevie con rotundo acento.

—¿Cómo? —exclamó el individuo.

—Ya lo ha oído usted. Desisto de seguir adelante.

—¡Pero usted se comprometió...!

—¿Va a demandarme ante los tribunales? — preguntó ella con amarga ironía—. Señor Smith, lo he pensado detenidamente y no haré lo que usted desea.

—Nunca me hubiera esperado algo semejante...

—He cambiado de forma de pensar, eso es todo.

—Oiga, no irá a decirme que se ha vuelto honrada de repente, ¿eh? —dijo el otro con agudo sarcasmo.

—Lo que yo sea o vaya a hacer de ahora en adelante, no es de su incumbencia — contestó Stevie en tono tajante—. Y, créame, no voy a aprovecharme de usted. Le devolveré íntegro el anticipo que me entregó. Mañana mismo haré una transferencia bancaria a su nombre.

—Puedo hacer que le cueste caro...

—Otros me amenazaron y nunca me sucedió nada —le desafió ella.

—Ninguno era como yo...

—Exactamente, ninguno era como usted. Hemos terminado, señor Smith —le cortó Stevie bruscamente.

Después del diálogo, se quedó pensativa unos momentos.

Algo de lo que le había dicho el supuesto Smith se había quedado profundamente grabado en su ánimo.

¿No era hora ya de abandonar aquella vida?, se preguntó.

* * *

Quintus Fahler contempló con aire especulativo el conjunto de planos y diseños que, de un modo un tanto burdo, le enseñaba su amigo.

—¿Crees que dará resultado? —inquirió, lleno de dudas.

—Si se acompañan las explicaciones pertinentes para que todo el mundo pueda hacerlo, ¿por qué no? —respondió el joven.

—En tu idea hay un fallo, Simón — dijo Fahler.

—¿Cuál es el fallo, Quintus?

—Sólo funcionará durante las horas de sol. Le falta el complemento de la batería y la turbina...

—Ya lo sé, pero, de momento, sólo se trata de hacer una demostración, a fin de que todos sepan que tu invento es viable. Y también — agregó el joven—, de sacudirles un buen porrazo a esos buitres de la E.M.E.F.M.

—¡Hum! —dijo Fahler, todavía irresoluto—. ¿Desde dónde montarás el sistema emisor? Porque necesitamos una cota muy elevada, a fin de cubrir una zona que abarque, como mínimo, de un cuarto a un tercio de la superficie terrestre iluminada por el sol, mejor dicho, en período diurno.

—Tal vez un satélite...

Las palabras de Simón carecían de convicción. Era un detalle en el que no había reparado hasta entonces.

—Depende de la órbita del satélite —dijo Fahler—. Tendría que hallarse situada entre los veinticinco y los treinta y dos mil kilómetros, por lo menos.

—Y, además — intervino de pronto Elvira, que había asistido silenciosa a la conversación entre los dos hombres—, os falta por discutir un aspecto que no habéis mencionado siquiera y que, probablemente, es el más importante de todos.

Simón y Fahler fijaron sus ojos en la joven.

—¿A qué aspecto te refieres? —preguntó Simón.

—Suponiendo que llevéis a cabo vuestro proyecto, ¿se os ha ocurrido pensar en las posibles implicaciones legales del mismo?

—Esto sí que es una ducha fría — declaró Simón, abatido.

Fahler se tironeaba nerviosamente del labio inferior. Después de las palabras de Elvira, se había hecho un profundo silencio en la estancia.

Un hombre apareció de repente en la puerta de la sala. Era uno de los agentes encargados de la protección del edificio.

—¿Comisario Znahun? —dijo.

—¿Qué sucede, Borton? —preguntó Elvira.

—Afuera hay una joven que desea ver al doctor Heysel —manifestó el policía —. Se llama Stevie Magnock y dice que tiene mucho interés en hablar con el doctor.

* * *

—Ustedes trabajan para Stevie Magnock, ¿no es cierto?

Gáromy y Leec contemplaron sobresaltados al hombre que se había sentado frente a ellos, al otro lado de la mesa que ocupaban en un rincón del «Tyrrenum». Gáromy no se había recobrado todavía del susto recibido al intentar el asalto a la casa del profesor Fahler.

En cuanto a Leec, ansiaba en deseos de tomarse el desquite, pero la ocasión no se había presentado hasta el momento. El hombre que les había interpelado lanzó una risita burlona.

—Tienen todo el aspecto de unas gallinas mojadas — comentó —. Están desconcertados porque Stevie ha decidido abandonar el «oficio» y ustedes han visto esfumarse una sustanciosa ganancia. ¿Me equivoco?

Gáromy y Leec contemplaron al desconocido, que aparentaba algo más de cincuenta años y vestía ropa corriente. Unas grandes gafas oscuras ocultaban sus ojos, de modo que parecía llevar puesta una máscara.

—¿Quién es usted? — preguntó Gáromy.

—Digamos el defraudado contraste de Stevie

—respondió el hombre —. Pueden llamarme Smith, si les parece. O Jones, o Dupont, o Gómez, o Ivanov... Pero creo que tengo algo bueno que proponerles.

—¿De veras? — dijo Leec, dubitativo.

—Diez millones por la operación — señaló Smith.

—¿Qué operación? — quiso saber Gáromy.

—Los aparatos, instrumentos y apuntes del profesor Fahler.

Gáromy se estremeció.

—Esa casa está tan protegida como...

—He sabido detalles de la operación realizada y sé que resultó un fracaso — dijo Smith —. Probablemente, es porque se confiaron ustedes, pero estoy seguro que de, intentarlo nuevamente, no fracasarían.

—De modo que la chica le ha dicho que no

—gruñó Leec.

—Se ha vuelto puritana de repente. Pero yo necesito el equipo científico de Fahler. Por supuesto, realizado con la más absoluta discreción.

Gáromy y Leec se consultaron con la mirada.

—Olga — dijo de pronto el primero —, ¿cómo ha sabido que nosotros estábamos con...?

Smith sonrió.

—Antes de hacer nada, hice tomar informes por una buena agencia de detectives — explicó —. Naturalmente, lo que le encargué a Stevie no podía encomendárselo a esa agencia.

—Está bien — dijo Lee —. Pero nosotros dos solos no podremos...

—Tomen los hombres que necesiten — indicó Smith fríamente.

—Entonces, tiene que pagar el doble— pidió Gáromy.

—Veinte millones, sea. Pero no quiero fallos — aceptó el individuo sin vacilar.

—La cosa no será fácil, con los policías que vigilan la casa...

—¿Se les ha ocurrido pensar siquiera en unos cuantos cohetes, disparados desde dos kilómetros de distancia, con espoleta de proximidad? Por supuesto, la carga de los cohetes sería de gas narcótico. Y ustedes estarían provistos de las máscaras adecuadas.

—¡Hombre, es una idea! — exclamó Gáromy entusiasmado.

Smith sonrió satisfecho.

—Celebro haberles dado la solución de su problema — manifestó —. Pero todavía queda otra cosa por hacer.

—Usted dirá — contestó Leec.

—El doctor Heysel. Lo necesito.

—¿Secuestro? — sugirió Leec.

—Justamente. El precio de esa operación va incluido en los veinte millones.

—De acuerdo — aceptó Gáromy —. ¿Adónde hemos de llevar al doctor, una vez lo tengamos en nuestro poder?

—Deberán buscar un escondite apropiado ustedes mismos. Cómprense transmisores individuales de radio y transmitan todas las noches, a partir de las diez, en la frecuencia E-X-T cuarenta veinte. La palabra clave para ustedes será «Servidor». Yo seré «Conductor». ¿Entendido?

Smith se puso en pie. Sobre la mesa quedó un rectángulo de papel azulado.

—Cóbrenlo en cualquier banco — indicó.

Gáromy y Leec se precipitaron a leer la cifra escrita en el cheque.

—Diez millones — exclamó el primero.

—La mitad del impone de la operación — dijo Smith —. Recibirán el resto al darla por concluida, satisfactoriamente por supuesto. ¡Buenas noches, caballeros!

Los dos rufianes se quedaron solos. Gáromy reflexionó unos momentos antes de emitir su dictamen:

—Yo me encargaré de la casa del profesor, Dane. Tú puedes ocuparte del doctor Heysel — dijo.

—De acuerdo. Tengo ganas de desquitarme y… Oye, Stan, ¿para qué diablos quiere Von Dussid al doctor?

Gáromy se encogió de hombros.

—Eso no nos importa en absoluto — lo que importan son los veinte millones que vamos a ganar, Dane.

—Sí, tienes razón. —Leec soltó una risita—. ¿Te has fijado qué mal sabe disfrazarse Von Dussid?

—Es un aficionado… pero paga con cheques de diez millones los mismo que pagas tú un trago con décimos de escudo.

* * *

—Esa cara me es conocida — dijo el profesor Fahler.

Stevie permanecía en pie, en el centro de la sala, inmóvil, muy seria, como esperando la decisión de las tres personas que la contemplaban.

—Nunca la has visto antes de ahora, Quintus — exclamó —. ¿Y bien, Stevie? ¿Qué es lo que la trae hasta nosotros?

—Deseo ayudarles — manifestó la muchacha.

Sonó una estruendosa carcajada. Simón se golpeó los muslos con

fuerza.

—¡Ayudamos! ¿Han oído alguna vez nada tan divertido? —exclamó sarcásticamente.

Stevie se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—Les aseguro que soy sincera...

—Vamos, Stevie, pero, ¿es que piensa usted que vamos a creemos una tontería semejante?

Elvira extendió una mano.

—Será mejor que te calles, Simón — dijo —. El pasado de Stevie es algo que actúa en contra suya, pero algo me dice que, en esta ocasión, es sincera. ¿Me equivoco, muchacha?

—No, señora. Es cierto, les he dicho la verdad. Quiero ayudarles.

—¿Cómo? ¿De qué manera? — preguntó Fahler.

—No lo sé a ciencia cierta — respondió Stevie —. Pero si ustedes me dicen sus problemas, yo...

—Nuestros problemas ya los conoce usted, señorita — dijo Fahler —. Ahora, trate de encontrar una solución para ellos.

—No sé en qué punto se encuentran ustedes

—manifestó Stevie —. De todas formas, tengo amigos por todas partes...

—Quintus, ¿vas a fiarte de lo que te diga esta pájara? —exclamó Simón en tono malhumorado.

Stevie apretó los puños.

—Me gustaría darle una buena bofetada — dijo.

—No lo intente siquiera...

—¡Basta ya, Simón! — cortó Elvira enérgicamente —. Toda la vida he deseado ver el modo de volver a esta chica al buen camino, y ahora que parece que ella misma lo quiere seguir, no vamos a dejar de tenderle una mano. ¿Por qué no te marchas y nos dejas solos con ella?

Simón se puso en pie.

—Me voy — dijo en tono malhumorado —. No quiero seguir asistiendo a esta reunión de chiflados. ¿Puedo pegar un portazo al salir?

—Si eso te desahoga... — contestó Fahler irónicamente.

—Ah, Simón — exclamó Elvira —. No dejes de hablar con tu amigo el abogado. Interesa conocer su parecer.

—De acuerdo.

Simón caminó hasta la puerta. Desde allí, se volvió y miró a Stevie.

—Honrada. Dice que se ha vuelto honrada —bufó —. La verdad, hay personas que tienen muy poca imaginación para mentir.

Y, efectivamente, tal como había prometido, pegó un portazo que hizo retemblar las paredes de la casa.

Mientras tanto, Quintus Fahler seguía contemplando a Stevie con cierto aire de perplejidad..

— Esa cara... me es conocida... y no puedo recordar ahora dónde la he visto — murmuró.

Capítulo XII

Al llegar a casa, Simón Heysel se encontró con una sorpresa.

—Hola — dijo Betta alegremente.

—¡Caramba! Eres la última persona a quien habría esperado ver aquí — exclamó el joven —. ¿Puedo preguntarte por los motivos de tu visita?

Betta le dirigió una cálida sonrisa.

—Hace días que estaba sin noticias tuyas — contestó.

—Y has decidido tomarlas de la misma fuente, ¿no es eso?

—He creído que sería lo más adecuado.

—¿No habrá otro motivo?

Betta se le acercó, ondulando su cuerpo de forma insinuante.

—Si lo hay, imagínatelo.

Y le echó los brazos al cuello.

Simón puso los suyos en torno a la esbelta cintura de la joven.

—Espera un momento — exclamó de pronto.

—¿Qué te pasa? — preguntó Betta, extrañada.

—Soy uno de los candidatos al puesto de gobernador de tu planeta, pero hasta el momento no conozco el resultado de la elección. ¿Qué puedes tú decirme al respecto?

—Nada — contestó la joven —. Tú y el otro candidato, mejor dicho, candidata, estáis en las mismas condiciones. Las pruebas efectuadas han dado análogos resultados para cada uno de los dos.

—Eso sí que es raro — se asombró el joven —. ¿Qué clase de pruebas hacéis?

—Sería largo de explicar... y éste no es el momento adecuado — dijo Betta, frotando su nariz con la del joven.

—Ten calma, preciosa — sonrió él —. Para todo habrá tiempo. Hay algo que me gustaría saber y que todavía no he conseguido explicarme.

—¿De qué se trata? — preguntó Betta.

—Una mujer de la Tierra y yo hemos resultado los candidatos más apropiados para el cargo de gobernador de Stravius. Pero ¿cómo habéis llegado a esa conclusión? ¿Por qué mi nombre tuvo que ser elegido entre los de millones de personas?

Betta sonrió maliciosamente.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Si no te importa...

—Te asombrarás cuando lo sepas. Elegimos una docena de nombres al azar y seleccionamos cuatro o cinco. Una segunda selección, ésta hecha ya con más rigor, os dejó solos a ti y a esa chica. Pero la tercera selección, elección es preciso decir ahora, ha dado, hasta el momento, «match» nulo. Tanto vales tú como ella.

—¡Caramba! Me dejas sin respiración... Pero si el gobernador es elegido al azar o poco menos, ¿qué diablos hace en su puesto?

—Costumbres de Stravius. Se necesita una figura decorativa. Allí gusta mucho eso de tener un gobernador extranjero. Pero todos los actos de gobierno son desempeñados por lo que aquí se denomina gabinete ministerial.

—Y el hecho de venir a buscar aquí un gobernador se llama esnobismo — refunfuñó él.

—No te quejes. Si te eligen a ti, el sueldo...

Betta no pudo seguir hablando. El tañido de la campanilla del videófono acababa de sonar en aquel instante.

—Perdona un momento, guapa — dijo Simón.

Se acercó al aparato y lo puso en funcionamiento.

—Hola, Quintus — dijo —. ¿Qué te ocurre ahora?

—Simón, ya hemos solucionado el problema del satélite. Tenemos uno, cuya órbita es de treinta y un mil setecientos kilómetros. Te lo digo, para que lo sepas cuando hables con tu amigo el abogado.

—De acuerdo. ¿Puedo saber dónde has conseguido ese satélite?

Fahler soltó una risita.

—Pertenece a Stevie Magnock — contestó.

* * *

Simón llenó dos copas y entregó una a Betta.

—¿Te gusta esa chica? — preguntó ella.

—Pues sí... Es guapa, simplemente.

—Ahora, al parecer, se ha convertido en vuestra aliada.

—Yo no me fiaría de ella, te lo aseguro.

—Recelas todavía, ¿eh?

—Tengo motivos, ¿no crees?

—Espera un momento — dijo Betta —. Voy a darte algo para que compruebes su sinceridad.

La joven tomó su bolso y sacó de su interior un tubito. Había algunas píldoras de color amarillento en su interior, observó Simón.

—Toma, dale una disuelta en un poco de agua. Cinco minutos después, podrás hacerle todas las preguntas que quieras. Tú mismo decidirás si es sincera o no.

—¿Debe saberlo ella? — preguntó Simón.

—Por supuesto. Y si no quiere tomarse la píldora, es señal de que trata de engañarnos.

—Esto parece una especie de droga de la verdad...

—Lo es — confirmó Betta, sonriendo. De pronto, se llevó las manos a la cabeza —. ¡Uf, tengo el pelo completamente revuelto! Voy al baño a peinarme un poco, con tu permiso, Simón.

—No faltaría más, preciosa.

Simón se quedó solo en la estancia. Con gesto pensativo, hizo saltar en la mano el tubo que contenía las píldoras.

—Veremos si quiere tomarse una — murmuró para sí.

Pasaron algunos minutos. De repente, Simón notó la sensación de que no se hallaba solo.

Betta continuaba en el cuarto de baño. Tras unos segundos de indecisión, Simón giró sobre sus talones y se encontró con una cara conocida.

—¿Otra vez usted? — dijo, arqueando las cejas.

Dane Leec sonrió.

—Otra vez, sí, señor — confirmó.

—Y no viene solo, como de costumbre — añadió Simón, aludiendo a los dos sujetos que acompañaban al gigante —. Bueno, ¿puedo preguntarles por los motivos de su visita?

—Le responderé con toda claridad. Hemos venido a llevarle con nosotros — manifestó Leec —. Y, por su propio bien, espero no haga la menor resistencia.

—De acuerdo, no me resistiré. Ahora, por favor, contésteme a otra pregunta e, inmediatamente, me iré con ustedes.

— Diga, doctor Heysel — accedió Leec con fingida benevolencia.

—¿Por orden de quién actúan ustedes?

Leec soltó una risita.

—Vamos, doctor, no irá a decirme que no es capaz de

imaginárselo — respondió.

—Por desgracia, me lo había supuesto desde el principio — manifestó Simón sombríamente —. Cuando gusten, caballeros.

Y echó a andar hacia la puerta. Stevie, suponía, iría a verle en algún momento a su encierro, y entonces, aunque se dejara la piel en el empeño...

—¿Te marchas, Simón? — sonó de pronto la voz de Betta.

Los tres rufianes se volvieron en el acto. Simón recordó de pronto a la joven extranjera. La preocupación del momento le había hecho olvidarse por completo de Betta durante aquellos cortos instantes.

También se volvió. Betta estaba en la puerta de la sala que conducía al interior de la casa, cubierta solamente con una bata de baño. Simón observó que ella tenía la mano derecha detrás de sí.

—¿Quién es esta chica, doctor? — preguntó Leec, con un gruñido de sorpresa.

—Una buena amiga mía..., pero, ¿por qué lo preguntas, si ya la conoces?

—Es que me interesaría saber para quién trabaja — dijo Leec.

—Trabajo para él — declaró Betta —. Y no me gustaría que se lo llevasen prisionero.

Leec se lamió los labios. Todavía recordaba su anterior encuentro con la muchacha. Pero uno de sus compinches, inesperadamente, sacó su pistola.

—Ahora mismo va a ver esa entrometida...

Fue lo último que dijo. Se oyó un terrible chasquido y el sujeto se desplomó por el suelo aullando espantosamente.

El otro, de repente, sintió un infinito pavor y escapó a la carrera. Simón y Leec quedaron solos en el centro de la sala.

Leec estaba muy pálido. Extendió una mano en gesto suplicante y dijo:

—No... no dispares, chica... Ya me iba de... de aquí...

—Sin armas — ordenó Betta.

Leec tiró al suelo su pistola. Simón hizo una seña con la mano izquierda.

—Acércate, tengo que darte un recadito.

El gigante obedeció. El «recado» de Simón consistió en un tremendo puñetazo que lo tiró de espaldas.

—Tenemos que irnos, Betta — dijo a continuación.

—Me vestiré en cinco minutos — prometió la joven.

Simón se sirvió una copa. La furia hervía dentro de él.

—Primero iré a ver a mi amigo, el abogado... Después, prepárate, Stevie — dijo, como si la aludida pudiera escucharle.

El abogado se llamaba Nico Braio y primero se mostró enojado por haber sido despertado a la mitad de su sueño. Luego sintió una infinita curiosidad cuando Simón le relató los proyectos que Fahler y él tenían en común.

—Estudiaré el asunto con todo detenimiento — prometió entusiasmado —. ¿Cuál es la distancia del satélite, Simón?

—Treinta y un mil setecientos kilómetros, Nico.

—Estupendo, Simón. Pero necesitaré plenos poderes para actuar en vuestra representación.

—Los tendrás — aseguró el joven.

—Y otra cosa, dado que este asunto puede traer, mejor dicho, traerá implicaciones legales, convendría formalizarlo mediante la constitución de una sociedad, debidamente registrada, de lo que yo también me encargaré, por supuesto, con la mayor discreción. Dame un nombre para empezar a trabajar hoy mismo.

Simón reflexionó unos momentos antes de dar su respuesta:

—Ya está — dijo —, «Unión de Productores y Consumidores de Energía Motriz».

—¡Magnífico! — aprobó el abogado —. Ahora ya pueden irse tranquilos y... Simón, hermano del alma, ¿de dónde has sacado esta beldad? — dijo tiernamente, refiriéndose a Betta.

Simón se echó a reír. Betta hizo aletear sus espesas pestañas.

—¿Te importaría quedarte con él para protegerle, Betta? — consultó el joven.

Braio puso sus ojos en blanco.

—¡Protegerme a mí! — exclamó, arrobado.

Betta se le acercó sonriendo.

—Me encantará ser tu protectora — dijo.

Simón se encaminó hacia la puerta.

—Betta, además de protegerle, tu papel consistirá en espolearle para que haga un buen trabajo — recomendó.

—Usaré un látigo, si es preciso — contestó la joven, ya en brazos del fogoso Braio.

El abogado no dijo nada. Betta le había dejado sin habla.

Capítulo XIII

Cuando ya mediada la mañana llegó Simón a casa de su amigo Fahler, se encontró con un inusitado espectáculo de actividad.

Había un enorme gravimóvil detenido ante el edificio. Fahler dirigía las operaciones, mientras los cuatro agentes de la Interpol, y a veces también las tres mujeres, Stevie, Elvira y el ama de llaves, ayudaban en la carga del aparato.

— ¡Nos vamos, Simón! — gritó Fahler —. Antes de una hora, estaremos en vuelo hacia el satélite de Stevie.

La muchacha le dirigió una ligera sonrisa. Simón no sonreía.

—Vamos adentro — dijo, a la vez que la agarraba por un brazo.

Fahler se extrañó de la actitud de su amigo.

—Eh, ¿qué te sucede? — exclamó.

—Ven y lo verás. Y tú también, Elvira.

Stevie se había puesto pálida. Simón pidió un vaso con agua a la señora Peters y cuando lo tuvo a su disposición, puso en el líquido una de las píldoras que le había dado Betta.

—Esa píldora es una especie de droga de la verdad, que no deja secuelas perniciosas en el organismo — dijo —. Si nos has mentido, lo sabremos, Stevie.

—Soy sincera...

—¡Entonces, bebe!

Fahler y Elvira contemplaban la escena con curiosidad. Tras una ligera vacilación, Stevie tomó el vaso y lo vació de un trago.

—Hay que esperar un minuto — señaló Simón, a la vez que fijaba la vista en su reloj de pulsera.

Los sesenta segundos transcurrieron en medio del silencio más absoluto. Pasado el plazo, Simón hizo su primera pregunta:

—Stevie, dinos, ¿eres sincera al manifestar que quieres colaborar con nosotros?

—Sí — contestó la muchacha.

—¿Lo ves, Simón? — dijo Elvira, muy satisfecha.

El joven hizo un gesto con la mano, como imponiendo silencio a su amiga.

—Stevie, esta madrugada, Leec y dos de los suyos estuvieron en mi casa. Pretendían secuestrarme por segunda vez. ¿Lo ordenaste tú?

—¡No! — respondió la muchacha con singular vehemencia.

—¿Por qué iban a querer secuestrarte? — se extrañó Fahler.

—Eso es lo que me tiene intrigado — contestó Simón —. No acabo de comprender las razones de esos secuestros...

—Yo no he dado orden a Leec de secuestrarte — insistió Stevie —. Es más, disolví la banda... Había decidido dejar de ser una ladrona, lo juro.

—¡Hum! Pero, entonces... Bueno, Leec dio a entender que obraba por órdenes tuyas, Stevie.

—Te aseguro que yo no se lo mandé — insistió ella —. Y si pronunció mi nombre...

Simón chasqueó los dedos.

—¡Es cierto! — exclamó —. Leec no pronunció ningún nombre, aunque sí dio la sensación de obrar bajo tus órdenes.

—Pero si ella no lo hizo, y no hay por qué dudar de sus respuestas, ¿quién ordenó tu secuestro? — quiso saber Elvira.

—¿Es que no son capaces de imaginárselo todavía? — dijo Stevie —. El nombre es Karl Dussid.

Fahler lanzó un resoplido.

—¡El presidente de...!

—El mismo — corroboró Stevie.

—Se comprende que quiera quedarse con tu invento, Quintus — dijo Simón —. ¡Pero yo sigo sin entender qué tiene que ver mi secuestro con todo este asunto!

—Stevie podría decir algo al respecto — sugirió Elvira.

—No — respondió la aludida —. Von Dussid sólo me dio orden de secuestrar a Simón, sin indicar los motivos.

—Bueno — dijo Fahler —, lo importante es que está aquí, que los secuestradores ya no van a poder realizar su misión.

—Espero que ahora devuelvas a Stevie su buena fama, Simón — sonrió Elvira.

—¡Buena fama! — resopló el joven —. Ya hablaremos de eso en mejor ocasión. Tenemos otro asunto que resolver...

—¿Por qué no continuamos con la carga? —preguntó Fahler —. El tiempo se nos echa encima y...

—Aguarda un momento — pidió Simón —. La gente tiene que enterarse del asunto. Habrá que divulgarlo de algún modo.

—Yo tengo una buena idea. Y un buen amigo

—manifestó Stevie —. Es uno de los directores de sección de una importante cadena de Televisión y hace un par de años le saqué de un serio apuro. Hará lo que le pidamos, estoy segura de ello.

La muchacha expuso su plan, que fue aprobado incondicionalmente por todos. Simón, sin embargo, expuso su objeción:

—Tendrá que quedarse aquí...

—Y tú con ella, para vigilarla — indicó Elvira, sonriendo maliciosamente.

—No me importará — accedió Stevie.

—Bueno, vamos a terminar la carga — exclamó Fahler, impaciente.

La reunión se disolvió. Simón echó mano de una caja que parecía contener documentos y se dispuso a trasladarla al gravimóvil.

De pronto, tropezó con Stevie, que se había puesto inadvertidamente en su camino. La caja cayó y su contenido se desparramó por el suelo.

—Oh, dispénsame — dijo ella, muy colorada.

—No te preocupes, Stevie. Sigue adelante con lo tuyo.

Simón se arrodilló para recoger los papeles. De pronto, encontró una fotografía.

Entrecerró los ojos. La mujer fotografiada era muy hermosa, aunque era evidente que el retrato había sido hecho muchos años antes.

Movido por una repentina inspiración, dio la vuelta a la cartulina. En el dorso había una inscripción:

De Stephanie a Quintus, con amor infinito. 7-5-2201.

—¡Y estamos en el año dos mil doscientos veintiséis! — exclamó.

* * *

Con los gemelos provistos de dispositivo de visión nocturna, Stan Gáromy contempló el objetivo, mientras sus dos secuaces aguardaban expectantemente a su lado.

Detrás de ellos tenían un extraño artefacto, una especie de ajuste hecho con tubos de hierro, sobre el cual se hallaban media docena de cohetes de unos doce centímetros de diámetro, por sesenta de largo. Los cohetes estaban propulsados por combustible ordinario, pero estaban provistos de dispositivo ocultador de las llamas originadas por los gases de eyección.

La casa se hallaba sumida en las tinieblas.

Habían dado ya las doce de la noche y Gáromy juzgaba que había llegado el momento de pasar a la acción.

Uno de sus secuaces, sin embargo, se sintió atacado por ciertos escrúpulos.

—Stan, ¿qué pasará si todos los huecos del edificio se hallan herméticamente cerrados? — preguntó.

—El gas de los cohetes es más pesado que el aire — explicó Gáromy —. Por otra parte, si han cerrado herméticamente puertas y ventanas, ¿crees que habrán desconectado los sistemas de acondicionamiento de aire?

—Tienes razón — murmuró el individuo —. No había dado en ello.

Gáromy lanzó la última ojeada a la casa. Luego hizo un gesto con la mano.

—Vamos, muchachos, ya ha llegado la hora — dijo.

Una mano accionó el dispositivo eléctrico de ignición del primer proyectil. El cohete se elevó en el aire casi en silencio, seguido de los otros cinco a intervalos de dos segundos.

Instantes más tarde, se produjo la primera explosión, a unos cincuenta metros sobre el tejado del edificio. No hubo fogonazo, sólo un ruido sordo, apenas perceptible desde la improvisada base de lanzamiento.

Con los prismáticos, Gáromy pudo apreciar el lento descenso de la nube de gas narcótico sobre el edificio. Dejó pasar unos diez minutos y luego dio la orden de aproximación al objetivo:

—Bien, vamos ya.

El gravimóvil en que se habían desplazado hasta aquel lugar se elevó momentos después, en el aire. Gáromy y sus secuaces se habían puesto ya las máscaras apropiadas.

—Va a resultar un juego de niños —dijo, entusiasmado, uno de los sujetos —. ¿Qué duración tienen los efectos de ese gas, Stan?

—Como mínimo, cuatro horas; pero, como precaución, por si nosotros empleásemos más tiempo, ataremos y amordazaremos a los habitantes de la casa.

—¡Buena idea! — exclamó el otro individuo.

Momentos después, aterrizaban frente al edificio. Los tres hombres saltaron del aparato y corrieron hacia la puerta.

Cinco minutos más tarde, Gáromy y sus dos secuaces habían comprobado una amarga y desconsoladora verdad. La casa estaba absolutamente vacía.

—¿Y ellos? — gritó Gáromy en tono descompuesto —. ¿Adónde diablos se habrán ido?

Por razones de pura lógica, Gáromy comprendió que los fugitivos no iban a haber dejado allí una nota escrita, indicando su paradero.

* * *

El locutor de la televisión hizo un discreto carraspeo antes de iniciar su parlamento:

— Queridos espectadores, hoy, como todos los viernes, volvemos a sus pantallas para emitir nuestra habitual sesión de arreglos y reparaciones caseras. Hemos recibido infinidad de cartas y llamadas videofónicas, en la que se nos hacen, aparte de numerosos e inmerecidos elogios, gran cantidad de sugerencias, muchas de las cuales se refieren a la producción de electricidad y energía motriz en el propio domicilio.

»Pues bien, para atender estas demandas, hoy daremos algunas ideas con las cuales satisfacer el interés de nuestros espectadores interesados en los trabajos caseros, porque es preciso reconocer que hoy día y pese a los adelantos de la técnica, la electricidad no sólo es indispensable en el hogar, sino necesaria para infinidad de cosas, sin las cuales la vida del hombre moderno, se convertiría en un

infierno.

»¿Y por qué vivir en un infierno, si se puede estar en el paraíso, sólo con un poco de habilidad y unos cuantos escudos?

«Tórnese una rejilla de alambre, con una densidad de trama, por centímetro cuadrado, de ocho a doce hilos, cuya rejilla no deberá tener más de once decímetros cuadrados ni menos de nueve...

* * *

—Y ahora, a esperar — dijo el profesor Fahler, una vez hubo acabado la emisión «Trabajos caseros».

—Esperar, ¿qué? — preguntó Elvira.

—La reacción de la gente, por supuesto.

—Te olvidas de que alguien más va a reaccionar — terció Simón.

—¿Quién? — inquirió Fahler.

—Karl Von Dussid y los demás componentes de la E.M.E.F.M. Y no se quedarán cruzados de brazos, créanme.

—Espero que tu amigo Nico Braio sepa defender bien los intereses de nuestra empresa — deseó Elvira.

—No se trata sólo de Nico y los tribunales — contestó Simón —. Hablando con toda claridad, temo otra clase de reacciones por parte de Von Dussid.

—¿Violentas? — sugirió Stevie, que también asistía a la reunión,

Simón se acercó a uno de los grandes ventanales del satélite. La Tierra giraba imperceptiblemente allá abajo, a treinta y un mil setecientos kilómetros de distancia, enorme globo blancoazulado que destacaba esplendente en la negrura del espacio.

—Tu descubrimiento, Quintus — dijo al cabo —, puede ser una mortífera puñalada al poder prácticamente absoluto de la compañía de Von Dussid. No espero que sea un golpe instantáneo; probablemente, surtirá efectos a largo plazo y el poder subterráneo de que disponen no desaparecerá en un día. Pero ellos lo saben; si tu descubrimiento se divulga, si todo el mundo puede generarse su propia electricidad, y no hay ley que lo prohíba, sus días están contados. No caerán mañana ni pasado... pero sí dentro de uno, dos o diez años.

—A veces lo dudo, Simón — dijo Elvira.

—No lo dudes. Gran parte del poder de la E.M.E.F.M. se apoya en los políticos y los políticos se apoyan en la empresa porque les proporciona poder. Pero un político suele ser siempre un sujeto pragmático, dicho con buenas palabras, y cuando ve que un punto de apoyo puede fallarle, busca otro. ¿Me comprenden todos ahora?

—Oye, ¿sabes que hablas muy bien? — dijo Fahler, sonriendo.

—Ha sido una exposición sucinta, pero muy acertada, del porvenir que espera a las gentes de la Tierra... en general. Pero, ¿qué será de nosotros en particular? — preguntó Stevie.

Las palabras de Stevie provocaron una pausa de silencio, porque ninguno de los presentes sabía encontrar la respuesta adecuada.

Capitulo XIV

—Continúa la indecisión en el asunto de la elección para gobernador de Stravius. Hemos intentado celebrar una entrevista con el jefe de la delegación de dicho planeta y nos ha sido imposible, porque ninguno de sus componentes ha querido hacer declaraciones de interés para nuestros oyentes. La duda, pues, persiste y no se sabe aún cuál será el candidato elegido, de los dos finalistas. En su momento, tendremos informados a nuestros oyentes de la decisión que sobre el particular adopte la embajada extraordinaria de Stravius.

«Pasando a otro tema, diremos que hemos recibido gran número de cartas — continuó el locutor —. Todas ellas se refieren, naturalmente, a la electricidad gratuita que se han procurado por sí mismos...

Una mano furiosa apagó el televisor. Von Dussid masculló una gruesa interjección de rabia.

Estaba siendo burlado, lo veía claramente. Y lo peor de todo era que un diminuto grupo de personas, sin poder alguno, iba a derrotar a la todopoderosa Empresa Mundial de Electricidad y Fuerza Motriz... el verdadero motor del mundo.

Fahler y sus amigos se habían escondido en alguna parte, era indudable. Lo peor de todo era que las pesquisas no habían dado el menor resultado. Por supuesto, Von Dussid había empleado a otros agentes muy distintos de Gáromy y sus secuaces.

De súbito se oyó el tañido de llamada del videófono.

Von Dussid se acercó al aparato. A los pocos segundos, tenía ante sí el rostro de un individuo de mediana edad. Era el director de la agencia de detectives a la cual había encomendado la búsqueda del profesor.

—Hable, Carcann — dijo parcamente.

—Los hemos localizado, señor — manifestó Carcann.

—Una noticia muy interesante — murmuró Von Dussid —. ¿Cómo lo han conseguido?

—Usted me dijo que Stevie Magnock se había unido a ellos. Se me ocurrió pensar, dados los antecedentes de la chica, que ella debía de conocer algún buen escondite. Y así resultó, porque Stevie posee un satélite privado, que compró hace ya un par de años en una subasta...

—Eso no me interesa — rezongó Von Dussid —. ¿Es accesible ese satélite, Carcann?

—Como todos los satélites privados, por supuesto, para permitir las inspecciones periódicas de los inspectores de la Comisión de Órbitas. Pero creo que le interesará su matrícula. Es CF-W-14-711.

Von Dussid garrapateó las cifras en un papel que tenía al alcance de la mano. Luego dijo:

—Gracias, Carcann. Envíeme la nota cuando guste.

—Sí, señor."

A continuación, Von Dussid llamó al jefe de su oficina legal.

—Hay que poner pleito a Fahler — ordenó secamente.

—Será un pleito ruidoso, señor — adivinó el abogado —. ¿No habría otra forma más discreta de entenderse con el profesor?

—Ya he intentado todos los métodos y no he conseguido nada práctico. ¿O no recuerda usted que tenemos el monopolio de suministro de energía para todo el planeta, incluyendo la electricidad irradiada desde el espacio exterior?

—Sí, señor.

—En todo caso, si también este procedimiento fallase, emplearíamos otros... definitivos — concluyó Von Dussid sombríamente.

* * *

—Compré el satélite en una subasta — dijo Stevie —. El dueño anterior se vio repentinamente falto de dinero y tuvo que venderlo. Fue una buena ocasión.

—No comprendo para qué quieres tú un satélite — se extrañó Simón.

Ella respondió imperceptiblemente.

—A veces me retiraba a descansar aquí — contestó.

—¿Sola?

—Sí.

—Entonces, meditabas algunos de tus golpes.

—No, venía a descansar exclusivamente. Me gustaba pasar unos días de soledad. Tengo aquí de todo y...

Stevie se interrumpió de repente para lanzar una exclamación de sorpresa.

—¡Mira, viene una nave!

Un cohete espacial se acercaba al satélite. Fahler y Elvira aparecieron corriendo en la sala.

—Temo lo peor — dijo el científico.

—Braio no ha dicho nada aún — se lamentó Elvira.

Simón frunció el ceño. Le parecía extraño que su amigo el abogado llegase sin anunciar su visita.

—Será mejor que vayamos a la esclusa — dijo.

Minutos más tarde, se encontraban delante del único pasajero del cohete. Los tripulantes permanecían en sus puestos, lo que les dijo que el visitante pensaba regresar inmediatamente.

—Busco al profesor Fahler — manifestó el individuo.

—Yo soy — respondió el mencionado.

—Le entrego esta citación, profesor. Es una orden de comparecencia a juicio para las diez horas del día veintidós de marzo de dos mil doscientos veintiséis, y tendrá que acudir al tribunal, so pena de incurrir en el delito de desacato.

El visitante ya no dijo más; dio media vuelta se metió en el cohete y desapareció de la vista de los estupefactos habitantes del satélite.

Pasaron unos momentos antes de que Fahler se resolviese a abrir el sobre oficial. Simón leyó el contenido de la citación por encima del hombro de su amigo.

—No hay duda — dijo instantes después —; Von Dussid y los suyos van a plantear la batalla en el terreno legal.

—Y emplearán sus mejores armas, por no citar las influencias — exclamó Stevie amargamente.

—Pero ¿es que tu amigo Nico se ha quedado cruzado de brazos? — preguntó Elvira, llena de indignación.

—No lo creo capaz de ello, y por dos buenas razones — contestó

Simón —.En primer lugar, tú lo has dicho, es mi amigo; y en segundo, si gana el pleito, adquirirá un gran renombre, con las consecuencias que son de prever. Más bien pienso que está estudiando el asunto a fondo, a fin de no cometer errores en el momento del juicio.

—¡Ojalá sea así! — suspiró Fahler.

—De todas formas, voy a ver si puedo hablar con él — dijo el joven.

Minutos después, se llevaba una enorme decepción. Braio no estaba en su casa ni en su despacho y nadie sabía dónde podía hallarse en aquellos momentos.

Simón se volvió hacia la muchacha.

—Stevie, yo me voy a la Tierra. Cueste lo que cueste, voy a encontrar a mi amigo… o a lo que quede de mi amigo — añadió lúgubremente.

—Te acompañaré — se ofreció Stevie —. Conozco a mucha gente y esto puede ayudamos bastante en nuestras pesquisas.

* * *

La puerta del despacho se abrió cautelosamente. Una sombra apareció en el umbral.

El individuo dio un paso, dos… De pronto, algo frío y duro se apoyó en su nuca.

—Quieto o disparo — sonó una voz imperativa.

—¿Contra mí, Simón? — exclamó Braio, sorprendido.

—¡Nico! — gritó Simón, atónito.

Stevie encendió la luz.

—¿De dónde sale usted, abogado? — inquirió —. Hace días que le andamos buscando, sin saber dónde estaba…

Braio soltó una risita.

—Tuve que esconderme — contestó —. Vi tipos extraños merodeando por las inmediaciones de mi casa y, conociendo a Von Dussid, temí lo peor.

—¡Uf! — exclamó Simón, enormemente aliviado—. Creí que… Bueno, eso no importa ya ahora. Nico, ¿sabes que el juicio se celebra mañana?

—Sí, claro, por eso estoy aquí. He venido a recoger unos apuntes

que me van a ser muy útiles durante el juicio. Aunque, a decir verdad, espero refutar todos los argumentos de la parte contraria con un par de frases.

—¿Tú crees? — dijo el joven esperanzado.

Braio soltó una risita.

—No quisiera ofender a unos colegas, pero, antes de meterse en pleitos, debieron haber estudiado el asunto a fondo — contestó.

Simón y Stevie cambiaron una mirada.

—Eso significa que el pleito está ganado — dijo el primero.

— Si lo pierdo, juro alumbrarme con velas durante el resto de mis días — exclamó el abogado en tono solemne.

* * *

—Señoría — dijo el abogado de la E.M.E.F.M. —, en nombre de la empresa a la cual represento, solicito respetuosamente de este tribunal un mandato de prohibición para las actividades de la llamada «Unión de Productores y Consumidores de Energía Motriz», dado que, según el contrato vigente de mi representada con el gobierno, ninguna otra entidad, privada o pública, puede realizar tales operaciones, sin incurrir en violación de la ley. En caso necesario, aportaré cuantos testimonios y documentos sean requeridos por ese tribunal y, asimismo, haré una más amplia exposición de los motivos de este requerimiento.

—No creo que sea necesario — dijo el juez —. Todos sabemos lo que sucede en este asunto, de modo que ahora creo que nos conviene escuchar al abogado de la parte demandada. ¿Señor Braio?

El aludido se puso en pie. Detrás de él se hallaban Simón, Stevie, Fahler y Elvira.

La expectación era enorme. La sala de justicia estaba atestada de fotógrafos y cámaras de televisión. Apenas si había público propiamente dicho; los asistentes eran, en su inmensa mayoría periodistas.

—Señoría, como usted ha dicho muy bien en su respuesta al ilustre letrado de la parte demandante, no es necesaria una exposición más amplia de los motivos de su demanda — inició Braio su discurso —. Por mi parte, no caeré en el fácil pecado de

alegatos demagógicos ni tampoco mencionaré el actual precio del kilovatio suministrado por la E.M.E.F.M. Nada de eso. Simplemente, me limitaré a que el tribunal compruebe un hecho irrefutable.

»Es bien sabido que la empresa a la cual represento ha instalado en un satélite, de órbita legalmente autorizada, y con el permiso de su dueño, una emisora de energía radiante, como asimismo la empresa demandante tiene otros muchos satélites que desempeñan análogas funciones. La «Unión de Productores y Consumidores de Energía Motriz» explota la patente del profesor Fahler, un procedimiento, por medio del cual, todo ciudadano puede proporcionarse la electricidad que le es necesaria. Es un hecho admitido y no vamos a negarlo.

»Pero, según los términos del contrato que la E.M.E.F.M. tiene formalizado con el gobierno, las estaciones emisoras de energía radiante, no pueden rebasar la órbita de los treinta mil kilómetros, distancia referida a la vertical sobre el ecuador y al nivel del mar. Ninguna legislación habla de que otras emisoras de energía puedan instalarse en órbitas superiores… y la estación emisora de la parte demandada, se encuentra en una órbita de treinta y un mil setecientos kilómetros, según los documentos que poseo y que pondré a la disposición de este tribunal, si así lo desea. Por tanto, y en nombre de mis representados, solicito respetuosamente de este tribunal, y con respecto a la demanda planteada, una declaración de «No ha lugar». Eso es todo, Señoría.

Los abogados de Von Dussid, y aun el propio Von Dussid, parecían anonadados por aquellas palabras. El silencio era absoluto.

El juez carraspeó un momento antes de emitir su veredicto:

—Es de suponer que el abogado de la parte demandada no haya incurrido en inexactitudes. Efectivamente, luego comprobaré sus documentos y examinaré todo lo legislado sobre el particular. Se suspende la sesión durante sesenta minutos.

El abogado de Von Dussid se puso en pie.

—Señoría, no será necesario que suspenda la sesión para emitir su sentencia — dijo —. Reconocemos los alegatos de la parte demandada como absolutamente exactos y retiramos nuestra demanda. La U.P.C.E.M. puede continuar con sus actividades.

—En ese caso… — dijo el juez —, usted mismo acaba de dictar la sentencia que yo hubiera emitido. ¡Caso fallado!

Sin saber por qué, Simón abrazó a Stevie.

—Hemos ganado — dijo alborozado.

Ella le miró con la sonrisa en los labios.

—Si, pero... no te entusiasmes antes de tiempo — refrenó sus ímpetus —. Conozco bien a Von Dussid y sé que no es hombre que se resigne a la derrota tan fácilmente. Contraatacará... y si no estamos alerta, lo pasaremos muy mal, créeme, Simón.

Capítulo XV

—Bueno, pero hay algo que no acabo de entender — dijo Stevie —. Sí; cada uno se podrá generar su propia electricidad, porqué lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido sino una simple demostración. Una vez se industrialice el aparato del profesor Fahler, esta estación radiante no será necesaria; el aparato que cada uno poseerá le suministrará la electricidad en la cantidad necesaria. Pero eso es sólo para gentes, corrientes, para los individuos, en suma. ¿Qué me dices de medios de transporte, fábricas, hospitales y demás?

—La solución estriba en construir generadores de mayor potencia, adecuados, claro está, a las necesidades de cada caso particular — respondió Simón —. No es ningún problema difícil de resolver.

—Ya entiendo — sonrió ella.

Simón la miró fijamente. ¿Debía decirle que ella era la hija desaparecida de Fahler y que el profesor había buscado inútilmente durante tantos años? Fahler no parecía reconocerla, a pesar del extraordinario parecido que la muchacha tenía con su difunta madre.

Elvira asomó de pronto por la puerta.

—Simón, una llamada desde la Tierra — dijo.

—Sí, ya voy. Dispénsame, Stevie.

—Claro, Simón.

El joven se alejó. Elvira se acercó a la muchacha.

—¿Lo sabe ya? — preguntó intencionadamente.

Stevie, muy encamada, hizo un gesto negativo.

—No me atrevo a decírselo — respondió.

—Ya llegará el momento — dijo Elvira —. Tu padre cree que debe dejarlo a tu discreción. Pero si te vas a casar con él…

—¡Elvira! — exclamó Stevie, muy sofocada.

La comisario se echó a reír.

—Simón es la única persona en este mundo capaz de llevarte por el buen camino — dijo —. Sigue a su lado y no le abandones jamás, Stevie.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Creo que ya no podría vivir separada de él

—confesó ardientemente.

Mientras, Simón hablaba con su amigo el abogado.

—Tengo dos buenas noticias para ti — dijo Braio —. La primera se refiere a la entrevista que habéis de sostener con los enviados extraordinarios de Stravius. Están muy interesados en el procedimiento Fahler de producción de energía eléctrica. Vinieron a la Tierra, no sólo para elegir gobernador, o quizá esto fue una cortina de humo que enmascaró sus verdaderas intenciones, sino para tratar con Von Dussid. Naturalmente, el procedimiento Fahler les resulta muchísimo más interesante por todos los conceptos.

—Eso explica muchas cosas, ¿no crees, Nico?

—sonrió el joven.

—Tú lo has dicho, Simón. En cuanto al otro tema, se os requiere a ti y a Stevie para cuál de los dos resulta elegido gobernador de Stravius.

—¿Qué has dicho? — gritó Simón.

Braio sonreía en la pantalla.

—Ya lo has oído — contestó —. Puede que Stevie sea la esposa del gobernador… y puede también que tú seas el marido de la gobernadora. Felicidades a los dos — se despidió el abogado.

Simón estaba lleno de perplejidad.

—Pero ¿cómo Stevie no me ha dicho nada? — se preguntó.

Y luego, recordando que K'Tin le había recomendado secreto sobre el particular, pensó que era lógico que a Stevie le hubieran dicho también lo mismo.

Delante de ellos había tres hombres. Von Dussid estaba en el centro.

—Pase, pase, Simón — invitó, con la mejor de sus sonrisas —. Es usted el único que falta para completar tan simpática reunión.

* * *

Gáromy y Leec sostenían sendas pistolas en sus manos. El aspecto de Von Dussid era de claro triunfador.

—Nos han sorprendido... — dijo Fahler, con voz plañidera..

—¡A callar! — ordenó Leec brutalmente.

—Usted es el que debe callar — dijo Von Dussid—. No haga nada ni despegue los labios sin que yo se lo ordene.

—Esto tiene todo el aire de una reunión social, en efecto — convino Simón —, pero ¿cuáles son sus motivos, señor Von Dussid?

—Lo sabrán en seguida — respondió el aludido —. Es cierto que nos han derrotado en el juicio, pero no nos hemos rendido, a pesar de todo. Mi empresa sigue siendo muy importante…

—Tan importante como para gobernar al planeta, a través de personas interpuestas.

Von Dussid se encogió de hombros.

—Del dinero yo acepto el poder y unas pocas comodidades — manifestó filosóficamente —. Esto es lo que mueve mis actos y no apilar millones encima de millones. Pero no estoy, dispuesto a renunciar a lo primero, porque un científico chiflado sea, además, filántropo.

—Creo que empiezo a comprenderle — dijo Simón —. Sobre todo, si pensamos en que, eliminándonos, el poder de Stravius pasaría también a sus manos, cuando organizase en aquel planeta el sistema de suministro de energía.

—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó Von Dussid, asombrado.

—Eso no importa ahora. Pero es verdad — respondió el joven.

—Lo admito, doctor Heysel. Sí, resultará muy agradable ser también el dueño de Stravius, aunque los nativos de aquel planeta no lo sepan.

—Le gusta el poder — murmuró Stevie.

—Es maravilloso... mandar en todos y ser obedecido — exclamó Von Dussid—. Pero lo mejor de todo es ver que tal o cual persona obedece tus órdenes, sin que ella misma lo sepa. Y lo mismo sucederá en Stravius, créanme.

—En tal caso, ¿qué hará con nosotros? — preguntó Simón.

—Ya no necesito a ninguno de los cuatro. K'Tin y sus acompañantes tendrán que elegir al tercero de la lista, hombre de toda mi confianza, preciso es decirlo.

—Pero eso no explica por qué quería secuestrarme con tanta insistencia — dijo Simón.

—.Está bien claro — respondió Von Dussid —. En un principio, cuando conocí los trabajos del profesor Fahler, pensé en presionarle, tomando como rehén a su hijo. Mis investigaciones me habían hecho saber que usted es el hijo del profesor. ..

Simón se echó a reír. Era una risa homérica, incontenible, que se contagió a los otros tres, quienes también prorrumpieron en carcajadas.

—Pero ¿qué les pasa? — gritó Von Dussid totalmente descompuesto —. ¡Esto no es cosa de risa!

—Lo es, Karl, lo es... — dijo Simón, congestionado a causa de la hilaridad —. Fahler tiene cincuenta años y yo voy por los treinta y cinco. ¿De dónde demonios ha sacado usted que yo soy su hijo? ¿Es que no le dieron el nombre sus informadores?

Von Dussid estaba perplejo.

—A ver si resulta que me dijeron veinticinco en lugar de treinta y cinco... — murmuró.

—Yo soy la hija del profesor — declaró Stevie —. Y cuando vea usted a sus informadores, écheles una buena bronca. ¡Decir que tengo veinticinco años! Hasta el mes que viene no cumpliré los veinticuatro, sépalo bien de una vez, estúpido.

La cara de Von Dussid se deformó a causa de la ira que sentía.

—Está bien, tanto da; es algo que ya no tiene importancia — dijo —. Lo importante es que me los voy a quitar de en medio y para siempre.

—¿Puedo saber cómo, Karl? — preguntó Simón.

—Una bomba. Ustedes se quedarán aquí, mientras nosotros... ¿Lo han entendido ya?

—Y éste es el hombre que dice tener poderes absolutos y tiene que hacerse las cosas por sí mismo — suspiró Stevie.

—Quiero seguridad — declaró Von Dussid —. Esta vez no habrá errores como en ocasiones anteriores —.Tu pistola, Stan.

Gáromy le entregó el arma. Era evidente que los dos rufianes ya estaban instruidos sobre lo que debían hacer, porque se alejaron inmediatamente hacia el interior del satélite.

Von Dussid quedó frente a los cuatro, apuntándoles con el arma.

—No padecerán mucho, se lo aseguro — dijo, con sonrisa

diabólica.

—¿Qué pasaría si yo ahora saltase sobre usted y tratase de arrebatarle el arma? — preguntó Simón.

—Dispararía en el acto...

—¿Con el seguro echado?

Von Dussid respingó y bajó la vista un instante, lo justo para que Simón se lanzase de cabeza sobre él, derribándole de espaldas al suelo.

La pistola pasó a su poder.

—Rápido, no hagáis ruido, vámonos al cohete — dijo en voz baja.

Elvira vaciló un momento.

—Las cosas no se pueden hacer así...

Fahler la empujó sin miramientos.

—Olvídate de que eres comisario — gruñó —. ¿Crees que se merecen otra cosa?

Simón estaba ya en la cabina del cohete en que habían llegado los intrusos. El de Stevie se veía a un lado, con unos cuantos agujeros en el fuselaje.

—Lo hicieron para que no pudiéramos escapar, después de poner la bomba — dijo, mientras accionaba los mandos.

La compuerta de la esclusa se abrió de golpe, sin vaciar siquiera el aire contenido en su interior. El vehículo espacial salió disparado hacia atrás. Segundos más tarde, Simón lo hizo virar en redondo y lo lanzó hacia la Tierra a toda velocidad.

Apenas un minuto más tarde, se produjo la explosión.

Un pequeño sol se encendió durante unos segundos en el espacio. El estallido no causó el menor ruido.

—Aquí es donde empieza verdaderamente el fin de un imperio de maldad — dijo Simón, cuando el resplandor de la explosión se hubo apagado.

* * *

Había llovido y la tierra estaba blanda. El sol pugnaba por salir entre unas nubes, todavía cargadas de agua. Olía agradablemente a humedad.

Simón y Stevie paseaban haciendo planes para el futuro.

—¿Aquí o en Stravius? — preguntó él.

—En Stravius. Me conviene una temporada de alejamiento. Es preciso que se olviden de Stevie, la reina de los ladrones — dijo la muchacha.

—Ahora serás la reina de tu hogar...

—¡Simón! ¡Stevie! — sonó de pronto una voz femenina.

Los dos jóvenes se volvieron. Betta, con sus compatriotas, corría hacia ellos.

—Ya era hora de que les encontrásemos — jadeó Betta—. Nos dijeron que se habían casado...

—Y es cierto — confirmó Simón, sonriendo.

Betta miró a Stevie con envidia.

—Felicidades —dijo escuetamente—. Mi jefe quieres hablarles — añadió.

Simón y Stevie fijaron la vista en K'Tin.

—Ha triunfado la tesis de Betta — dijo K'Tin —. Echaremos una moneda al aire. Todos los esfuerzos para solucionar el dilema han fracasado; tanto vale el uno como la otra.

—El que gane será gobernador... pero si están casados, ¡qué más da! — dijo Betta maliciosamente.

K'Tin agitó una mano.

—Li'd, echa la moneda al aire — ordenó.

—Sí, señor.

El disco de metal revoloteó por el aire y cayó en un trozo particularmente embarrado.

Un grito de asombro se escapó de todas las bocas.

—¡Ha caído de canto!

Stevie, jubilosa, se abrazó a Simón.

—Te cedo mi puesto — dijo —. Seré la esposa del gobernador.

Perplejo, K'Tin se rascó la cabeza.

—Iguales hasta el fin — murmuró.

Luego contempló a la feliz pareja y sonrió.

—Bien mirado, ¿qué más da que sea elegido el uno que la otra? — comentó, satisfecho —. Partiremos hacia Stravius la semana próxima.

—El profesor Fahler y su esposa vendrán también — anunció Betta —. Fahler tiene mucho interés en iniciar en Stravius su sistema de generadores de electricidad.

—Iremos en naves distintas, supongo — exclamó Simón.

—¿Por qué? — se extrañó K'Tin.

—Viajar con los suegros... ¡qué horror! ¡O nos ponen una nave particular para nosotros dos o...!

—Tendrán su nave privada — se resignó K'Tin.

Simón pasó un brazo por los hombros de su flamante esposa.

—Cariño, ¿no te parece que ya es hora de que empecemos a preparar el equipaje? —preguntó.

—Sí — respondió Stevie, a la vez que reclinaba la cabeza en el hombro de su esposo.

FIN

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS
DEL MISMO AUTOR

DESPUÉS DEL DILUVIO, en Ciencia Ficción, 115

LAS RAÍCES DEL ODIO, en Seis Tiros, 478

«PLAN ÁNGEL», en Hazañas Bélicas, 755

REBELIÓN EN LA GALAXIA, en Ciencia Ficción, 117

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS
EN LA COLECCIÓN
ESPACIO

528.— VAGABUNDOS DEL INFINITO
529.— PSICOMÓVILES
530.— LA AMENAZA NEGRA
531.—SEÑOR DE LA GUERRA
532.— PÁNICO
533.— IMPERIO DE MALDAD